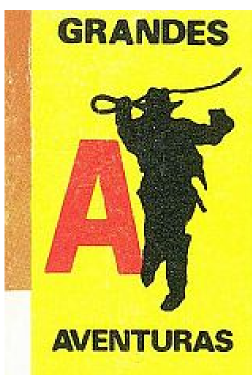
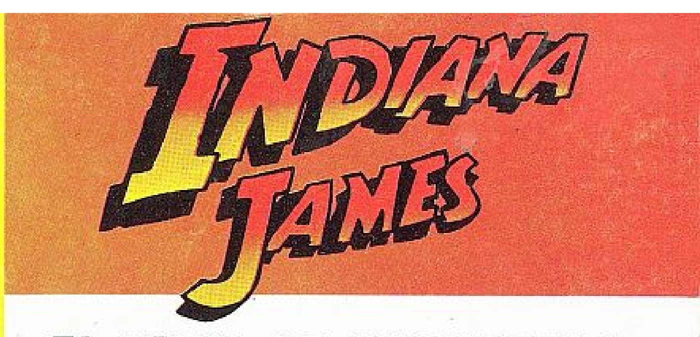




EL TREN DE CARRETERA

No hay cosa peor que carecer de algo, para necesitarlo imperiosamente: los enfermos envidian la salud de los sanos, los casados la vida libre de los solteros, y viceversa.

Yo no tenía ni un centavo y, lógicamente, envidiaba a los que tenían los treinta dólares necesarios para costearse una pensión de mala muerte.

Estaba en Darwin, la ciudad más al norte de esa isla gigantesca llamada Australia. Una isla tan grande como todos los EE. UU y, más que Europa. Un país en el que coger un avión desde el norte hasta el sur supone el tener que vender tu hermanito pequeño a los mercaderes de esclavos para poder pagar el billete.



Indiana James

El tren de carretera

Bolsilibros - Indiana James - 10

ePub r1.0
LDS 17.04.18

Título original: *El tren de carretera*
Indiana James, 1985
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

No hay cosa peor que carecer de algo, para necesitarlo imperiosamente: los enfermos envidian la salud de los sanos, los casados la vida libre de los solteros, y viceversa.

Yo no tenía ni un centavo y, lógicamente, envidiaba a los que tenían los treinta dólares necesarios para costearse una pensión de mala muerte.

Estaba en Darwin, la ciudad más al norte de esa isla gigantesca llamada Australia. Una isla tan grande como todos los EE. UU y, más que Europa. Un país en el que coger un avión desde el norte hasta el sur supone el tener que vender tu hermanito pequeño a los mercaderes de esclavos para poder pagar el billete.

Eso es Australia: arrecifes de corales, canguros, koalas, aborígenes, desiertos, boomerangs y muchas más cosas.

Había llegado hasta aquí gracias a la colaboración de un grupo de australianos que habían acudido a Etiopía y Somalia para llevar alimentos.

Ellos me habían traído gratis, a cambio de algunas ayudas en vuelo. Ése había sido el trato y las dos partes lo habíamos cumplido.

Era la única forma de salir de allí, para el que no tenía ni un dólar, y la había aceptado. Ahora estaba en Australia con los bolsillos completamente vacíos.

Darwin en la puerta norte de Australia: una ciudad poblada por no más de cien mil habitantes, unidos entre sí por una humedad pegajosa y un calor capaz de convertir un iceberg en un cubito para el *gin-tonic*, en poco menos de dos segundos.

Ya sé que en un sitio así no es necesario buscar un hotel para dormir: se puede Pasar la noche en la calle o en un parque. Pero yo no había traído mi flotador para salvarme de la sudada nocturna

que me esperaba si me rendía ante la posibilidad de encontrar el dinero para alquilar un aparato de aire acondicionado con sus accesorios, habitación, cama y ducha.

Así que no tuve más remedio que consultar mi agenda en busca de algún habitante de Australia al que pudiera acudir en petición de socorro. Y había uno: Floyd Freedman.

Un descendiente de irlandeses, con apellido judío, el aspecto físico de un árabe y casado con una filipina: todo un ejemplo de integración racial.

Si mis datos no fallaban, vivía en Sidney, así que rebusqué entre los dobladillos de mis pantalones y la escasa ropa de mi macuto, en busca de algún billete, de cincuenta dólares americanos que suelo guardar allí para casos de emergencia.

Cuando terminé de buscar, la emergencia se había acentuado: además de no haber hallado ningún billete, tendría que pasar un buen montón de horas realizando la tarea de una afanosa costurera, si no quería verme obligado a vestir un montón de harapos deshilachados.

No tenía ni un solo dólar, y, después de dar un vistazo en torno mío, descubrí que la única posibilidad de obtenerlo era un aborigen sentado en la sombra de una tienda de comestibles.

Lo más probable es que si me acercaba a pedirle dinero le ocasionase un infarto provocado por la risa.

Se trataba de un tipo negro como un grano de café, con el rostro surcado por arrugas profundas como el Cañón del Colorado. Su nariz era grande y achatada, capaz de acabar con todo el oxígeno de un submarino atómico de una sola inspiración. Por toda vestimenta llevaba unos «*jeans*» bastante descoloridos y una cinta azul celeste sobre la frente, todavía más descolorida por el efecto del sudor. Cejas muy pobladas, barba abundante y pelo ensortijado, todo completamente blanco. No llevaba ni zapatos, ni camisa, ni reloj, ni… ¡parecía un turista del mesozoico!

Las posibilidades de que aquel tipo supiera lo que era un dólar, eran tantas como las de que Jomemi se vuelva ateo.

Pero no tenía más posibilidad que el aborigen, así que me acerque a él, lo más amable posible, le salude con un «paz hermano» y le pedí un dólar para llamar a Sidney.

Escucho atentamente mi historia sin pestañear, ni dar ni un solo

síntoma de entender el inglés. Pero cuando terminé mi explicación se llevo lentamente la mano al bolsillo y saco una moneda que me tendió sin decir nada.

Le di las gracias media docena de veces y me metí en la cabina telefónica.

Floyd Freedman ya no vivía en Sidney. El actual propietario de su casa me informo de que se había trasladado a Brisbane a regentar un negocio de alquiler de yates de pesca para millonarios. Y me dio el nuevo número telefónico.

No tuve más remedio que salir a pedir otro dólar al aborigen.

Me lo volvió a dar sin decir nada.

Llamé a Brisbane y me encontré con la sorpresa de que Floyd se había trasladado a Adelaida, a una granja agrícola en la que se estaba experimentando sobre la implantación de verduras y frutas de otros países: una especie de viveros en plan industrial.

Nuevo teléfono, nueva petición de dólar nueva llamada y la sospecha de que ahora no habría sorpresa.

No la hubo, pasó igual que las veces anteriores, Floyd Freedman ya no estaba allí. Ahora estaba en Fowler's Bay, como propietario de un avión «Canadair CL-215», un avión de esos que llevan agua y se dedican a dejarla caer sobre los incendios forestales, con intención de apagarlos.

También me dieron su nuevo teléfono.

Cuando salí de la cabina el viejo tenía extendida la mano hacia mí con una moneda de dólar en su palma.

Marqué el número que me habían indicado y esperé unos segundos:

—Aquí Floyd Freedman. ¿Con quién hablo?

—Indy James. ¿Te dice algo ese nombre?

Hubo unos segundos de silencio hasta que mi amigo me contestó:

—¡Claro que sí! ¡Mil dólares! ¡Mil dólares que te presté en la India, la última vez que nos vimos! Me vienen de maravilla porque estoy pasando una mala racha y hay un juez empeñado en embargarme el avión…

—¿Te molestaría aumentar la deuda hasta… digamos mil quinientos dólares? Estoy en Darwin sin un centavo. He tenido que

pedir prestado para la llamada desde la cabina… ¿Podrías enviarme esos quinientos? Yo me iría a… a…
Fowler's
Bay y te ayudaría en el negocio, o trabajaría en otra cosa…

—Imposible, Indy. En estos momentos no tengo ni para bajar a comprarme una hamburguesa. Ya te he dicho que están a punto de embargarme. Si vienes aquí y todo se soluciona, te puedo dar trabajo, pero en este momento no tengo nada. Nada.

Palabras crudas: era como decirle a un tipo con doce clases de cáncer que, además, le habían descubierto que tenía hemorroides.

Aquello no empeoraba gravemente mi situación.

Me dio su nueva dirección, me dijo un par de sitios donde podía ir a pedir trabajo a unos conocidos suyos y se despidió con un «hasta pronto» que podía significar varias semanas.

Salí de la cabina decidido a coger el trabajo que me ofrecieran, reunir lo suficiente para el pasaje hasta
Fowler's
Bay y presentarme allí en ayuda de mi amigo.

Pero, antes que nada, tenía que llegar a un acuerdo con el viejo aborigen, sobre la devolución de su «préstamo». ¡Estaba seguro que, para él, aquellos cuatro dólares significaban más que para mí, un millón!

Escuchó pacientemente la historia de cómo yo iba a encontrar trabajo, le iba a devolver el dinero y, además, ahorrar para ir a donde vivía mi amigo.

Fue asintiendo a todo lo que decía y cuando terminé se señaló con el dedo.

—Yo Kylelo. Tú… ¿Cómo?

—Indiana James.

Ni se inmutó.

Me pareció increíble encontrar a alguien que no hubiera oído antes ese nombre, ni otro parecido.

—Tú querer ir a
Fowler's
Bay. ¿Saber dónde está?

Negué con la cabeza. El señaló en dirección opuesta al mar, hacia el corazón de Australia, y dijo:

—Todo recto, hasta el final.

Aquella frase tan simple significaba un montón de kilómetros a través de un desierto con nombres tan pintorescos como: Monte de la Decepción, la Bahía de la Angustia, el Desierto de Piedras, el Lago de la Desilusión… ¡Algo como para animar a cualquiera!

Kylelo volvió a hablar mientras yo seguía hipnotizado mirando hacia el fin del mundo.

—Yo también ir hacia allí. Si tú querer, yo saber de trabajo que, mientras vas allí, ellos pagar, a ti, por ir.

—¿Tú saber llevar Road Train, un «Tren de carretera»?

—¿Qué es eso, exactamente? —pregunté un tanto sorprendido.

—Ser camión con cuatro remolques.

Me pareció que aquel buen aborigen se estaba dejando arrastrar por la bebida: cuatro remolques es demasiado.

—¿Tú querer? ¡Tú venir conmigo!

Y mientras decía esto se incorporó con una sorprendente agilidad para un anciano de su edad.

Sin esperarme, comenzó a andar con paso decidido y cargándose al hombro un pesado saco, bajo cuya lona se adivinaban varios bultos. No tenía nada mejor que hacer, así que le seguí.

No sé si los cuatro dólares que me había dejado eran los últimos que tenía o si es que era tacaño, pero lo cierto es que recorrimos todo Darwin, a pie, bajo un sol de tercer grado.

Por fin Kylelo se volvió hacia mí, y señalo unos grandes almacenes a la puerta de los cuales se arracimaban dos docenas de personas.

Se movió entre ellos hasta acercarse a un hombre de unos cuarenta años, delgado y moreno, con muy poco aspecto de camionero.

Kylelo hizo las presentaciones.

—El ser Kenneth McHospers, «Kenny». El buscar copiloto.

Kenny me tendió la mano, mientras replicaba al oír mi nombre:

He oído seudónimos más ingeniosos.

Me cayó mal, pero me tuve que aguantar.

—Hay que llevar un camión de cinco remolques hasta Adelaida. Tres días de viaje. Cien dólares por día. Llevamos cocinero, que será Kylelo, y comida pagada por la empresa. Conduciremos tú y yo, en turnos de seis horas. Si estás listo podemos salir en un par de horas.

Kenny hablaba como un telegrama: m una palabra más de las

justas.

Todos los australianos que conozco sueltan tacos y juramentos hasta en medio de las palabras. Éste era la excepción. Imité su forma de hablar.

—De acuerdo. ¿Quién conduce primero? ¿Hay prima por entregar antes de tiempo? ¿Sirve mi carnet de conducir internacional?

—Sí, sí y sí.

Nos volvimos a dar las manos. El trato estaba cerrado.

Kenny nos indicó que le siguiéramos y nos llevó dentro de los grandes almacenes de chapa, que parecían un horno crematorio.

Habló con uno de los tipos que había detrás de una ventanilla, durante unos minutos, y luego volvió hacia nosotros.

Me dio cien dólares, cincuenta más a Kylelo y otros cien para él.

—El resto en Adelaida cuando entreguemos la mercancía.

—¿Cuál es nuestro camión?

Señaló uno que estaba listo para partir. ¡Y les juro que llevaba cuatro remolques! Aquello debía de medir más de cincuenta metros de largo, y el nombre de «Tren de carretera» le cuadraba a la perfección.

Sobre la trasera del camión iba una caja frigorífica, detrás un pequeño remolque cubierto con lona, que contenía cereales: el segundo remolque era otro frigorífico, lleno de pescado; el tercero, un conteiner increíblemente largo, que me dijeron iba cargado de muebles, y el último llevaba también cereales.

La cabina del camión era como uno de esos coquetones apartamentos para los ejecutivos neoyorquinos solteros: tenía dos literas, una minicocina, una mini-ducha, un W. C., una mesita abatible, TV… ¡Todo lo necesario para un crucero de tres días por el desierto!

Además, en la parte trasera de la cabina, había un pequeño taller y un depósito accesorio de combustible, todo con vistas a reducir al mínimo las paradas y la duración de éstas.

En un par de horas, todos los detalles del «Tren de carretera» habían sido repasados, y nos esperaba listo para partir.

Según una típica costumbre, los camioneros sorteamos el turno por el curioso procedimiento de ver quién aguantaba más tiempo sin pestañear. Perdí.

Así que hube de colocarme detrás del volante sin haberme podido dar una de esas reconfortantes duchas que mi cuerpo estaba pidiendo a gritos.

Detrás de mí Kylelo y Kenny se tumbaron en las literas a dormir.

Poner la primera en uno de aquellos gigantescos monstruos mecánicos no cuesta ningún esfuerzo, pero conseguir que arranque, con toda su carga tras de sí, requiere unos minutos de paciencia.

Nunca había conducido un camión como aquél, y los primeros kilómetros hasta la salida de Darwin, los hice con un gran cuidado: tenía que calcular que el peso de los remolques neutralizara las frenadas, que empujaban el coche hacia delante, así que no podía circular por la ciudad a una velocidad superior a la de una bicicleta. Y, además, en Australia se circula por la izquierda.

Sin embargo, cinco minutos después de haber comenzado a conducir, estaba a gusto dentro de él: me sentía fuerte, poderoso, omnipotente…

Aquel gigantesco convoy que dependía de mis manos y mis pies, me insuflaba una sensación de fortaleza infinita. Era más seguro que un tanque supermoderno, un submarino nuclear o un refugio antibomba.

No había delante mío obstáculo que no me sintiera capaz de vencer.

Alcancé la carretera, la Stuart Highway, en menos de quince minutos.

Kenny me había avisado que durante cincuenta kilómetros encontraría tráfico intraurbano, pero que, después, todas las millas que tendría ante mí sólo serían compartidas por otros «Trenes de carretera».

Así que, al llegar a aquel punto, dejé que mi pie derecho comenzara a «darle alegría» al camión.

El sol había comenzado a declinar y una suave brisa recorría la llanura, cubierta de vegetación tropical. Según me había dicho Kenny, allí estaban situados varios Parques Nacionales, donde se podían encontrar búfalos, cocodrilos, serpientes y todo tipo de aves.

El aire acondicionado del camión hacía innecesario abrir la ventanilla. Yo había decidido no poner la radio, ni el reproductor de cassettes, respetando el sueño de mis compañeros, pero lo que no pude evitar es que mis labios fueran formando una O, y a través de

ellos se filtrase un dulce silbido de una canción celta.

Busqué en la guantera un cigarrillo y lo encendí.

¿Qué más se podía pedir de la vida?

Me adelantó un antiguo y viejo «Ford», por la derecha, haciendo sonar el claxon.

Le presté atención, sorprendido, ya que no estaba cometiendo ninguna infracción.

El tipo que iba junto al conductor, con medio cuerpo fuera de la ventanilla, me hizo señas de atención, y después, con su dedo índice, me señaló hacia mis remolques.

Después siguió avanzando.

Aquello me intranquilizó: ¿se estaba soltando alguno de «mis acompañantes» y se disponía a embestir a los vehículos que nos seguían?

El panel electrónico de control de los remolques, que estaba instalado entre los indicadores normales de cualquier camión, me indicaba que todo iba normal, pero, pese a esto, no pude evitar que a partir de aquel momento, mis ojos comenzaran a pasearse nerviosamente por los espejos retrovisores.

Comencé a hacer unas ligeras eses, para poder ver los costados de mi convoy.

Todo parecía ir bien. ¿Qué habían querido decir aquellos tipos?

Para colmo, la noche comenzó a caer sobre nosotros, impidiéndome ver con perfección mis laterales.

Yo había dejado de silbar, y mi cigarrillo se había fumado sólo en el cenicero.

Consulté mi reloj: llevaba dos horas y media al volante. No me pareció justo despertar a Kenny, y decirle lo que había sucedido, así que seguí sumergiéndome en la noche con la intranquilidad de que no todo iba bien.

En los últimos kilómetros que había recorrido, únicamente había visto una docena de «Trenes de carretera», por eso, cuando a través del retrovisor, vi una furgoneta «Chevrolet» con intención de adelantarme, me acomodé en el asiento del conductor dispuesto a esperar un nuevo aviso.

A pesar de que yo no podía correr a más de ochenta kilómetros, a la furgoneta le costó un buen rato el rebasarme.

Y al llegar al tercer remolque, comenzó a tocar el claxon.

Fue una repetición exacta de lo ocurrido la vez anterior: el que iba junto al conductor volvió a señalarme la trasera, antes de seguir hacia delante.

Aquella vez ya no vacilé: levanté el pie del acelerador y comencé a dar unos suaves, muy suaves, toques en el freno a la vez que comenzaba a gritar a todo pulmón:

—¡Kenny! ¡Kenny! ¡Maldita sea, despierta de una vez! Algo ocurre en el tercer remolque.

Abrió los ojos de un golpe, sin mover para nada el resto del cuerpo, y dijo:

—¿Qué es ese algo?

Le expliqué telegráficamente lo que me había sucedido con los dos coches que nos habían adelantado.

—Ve frenando y detente en el arcén —me dijo Kenny mientras se levantaba y se acercaba al pequeño lavabo.

Lentamente, el convoy iba perdiendo velocidad, lo que dio tiempo a que Kenny se lavase y secase la cara.

Kylelo también se había despertado y nos contemplaba con los ojos inexpresivos del hombre de la Edad de Piedra, que ha visto pasar demasiada historia ante sus ojos para sorprenderse por este pequeño incidente.

Y sin embargo su mano se sumergió en el hatillo que llevaba junto a él y, tras aferrar algo, volvió a aparecer por los bordes del saco sujetando firmemente lo que parecía ser la empuñadura de un viejo machete.

Kenny se sentó en el asiento del copiloto mientras me decía:

—Tú quédate al volante. Cuando yo te lo diga, arranca muy despacio y avanza unos pocos metros, para que observe el funcionamiento de los enganches.

No esperó a que le contestase. El camión ya se había detenido, así que abrió la puerta y, tras coger la linterna, saltó al suelo.

Por el retrovisor de su lado pude ver el círculo de luz agitándose nerviosamente desde el suelo hasta el camión.

Luego la luz desapareció.

Oí a Kenny gritar:

—¡Pero… ¿Qué diablos…?!

Después oí un golpe seco y unas carreras apresuradas.

CAPÍTULO II

Conocía de sobras a Kenny para saber que si quería pedir socorro ya había dicho bastantes palabras, por lo que di un salto hacia las literas, saqué mi última adquisición: una «Magnum Colt Python 357» y salté yo también al suelo.

Pero antes me di cuenta de que Kylelo había perdido su expresión indiferente, sustituida por una de acecho, y que, mientras amarraba el saco contra su pecho, su mano derecha empuñaba un machete capaz de degollar a un elefante.

—¡Espérame aquí! —dije, no muy seguro de sus habilidades en la esgrima.

Aterricé en el suelo como los actores de las películas de detectives: primero un salto, después rodando sobre mi cuerpo a la vez que alzaba las manos, con la pistola sobre mi cabeza. Dos vueltas, tres… separar las piernas, y quedar boca abajo apuntando al punto deseado.

—¡Al que se mueva lo dejo seco! —dije, más por ganas de asustar que por avisar mis propósitos, ya que la oscuridad me impedía ver nada.

Sólo oí los pasos apresurados y unas sombras que se perdían por detrás de mi camión.

Lancé un disparo al aire, para avisar que no iba de broma, a la vez que me incorporaba y comenzaba a correr hacia el punto donde habían desaparecido las sombras.

Corrí como un pingüino, trastabillando al tropezar con obstáculos que la oscuridad me impedía ver. Cuando llegué a la trasera del último remolque, me arrodillé y amartillé el revólver antes de asomar cuidadosamente la cabeza.

Hice bien, ¡muy bien!, en ser cuidadoso.

Media docena de balas se constituyeron en comité de recepción y se estrellaron contra la placa metálica del remolque, rebotando y yendo a perderse en la llanura.

Yo retrocedí ligeramente, me tendí en el suelo y crucé al otro costado del camión, protegiéndome tras sus inmensas ruedas.

Allí estaban el viejo «Ford» y la furgoneta «Chevrolet» que me habían avisado de la «supuesta avería» en mi convoy.

¡Todo había sido un truco para hacernos parar!

En la trasera del «Ford» las sombras se agitaban convulsivamente, lo que me dio a entender que Kenny era más locuaz con los puños que con la lengua.

Decidí darle un poco de ayuda, pero la oscuridad me impedía acertar con los disparos.

Pese a todo, los dos coches se pusieron en marcha, mientras desde las ventanillas, una tormenta de balas se dirigía hacia mí.

Una de las ruedas del camión hizo un sonoro ¡ffoooooffffff!, mientras se deshinchaba.

Repliqué con un sonoro «rayo» de mi «Magnum» hacia la furgoneta, pero la bala atravesó limpiamente la valla posterior sin causar mayores daños.

Los dos vehículos aceleraron al máximo, con las ruedas chirriando sobre la arena del arcén y comenzaron a ganar velocidad por el carril contrario, de vuelta hacia Darwin.

Me incorporé y, sujetando la «Magnum» con ambas manos, les lancé un par de disparos que no les alcanzaron.

Volví corriendo hacia la cabina del camión, decidido a dar media vuelta y salir en su persecución.

Pero al tercer paso había cambiado de idea: ¿Qué luces de situación son las que indican que un camión de cincuenta metros está cruzado en medio de la Stuart Highway? ¿Cómo podía conseguir poner mi «Tren de carretera» a una velocidad capaz de competir con aquellos dos turismos? Además…, ellos podían dar vueltas y hacer unas eses que a mí me resultaría imposible de imitar.

Cuando volví a la cabina, Kylelo seguía en la misma posición en que lo había dejado antes.

—¿Qué pasar? —preguntó Kylelo.

—Se han llevado a Kenny. No sé quién, ni por qué, ni para qué,

ni hacia dónde. Sólo sé que se lo han llevado. ¿Qué hacemos?

Kylelo me siguió mirando fijamente como si el hecho de pensar fuera propiedad exclusiva mía.

—Lo único que se me ocurre es avanzar hasta encontrar una gasolinera o un motel, para que me envíen otro chófer.

Kylelo asintió y dijo:

—Para mí, estar bien.

No iba a ser mucha ayuda aquel tipo. Aparte de prestar cuatro dólares, dudo mucho que fuera capaz de realizar ninguna otra tarea mínimamente útil.

¿Quizá sabía algo de las personas que se habían llevado a Kenny? ¿Acaso mi ocasional «socio» estaba metido en negocios turbios?

—¿Hace mucho tiempo que conoces a Kenny? —le pregunté al viejo aborigen.

—Yo conocer a él dos horas antes que a ti. Yo ir a camiones para buscar alguien que llevar a mí. El decir: «Sí, si me encuentras copiloto». Yo ver a ti y creer que ser bueno para él. Yo no equivocar.

No había forma de intentar averiguar lo que había sucedido, así que me concentré en el camión. Volví a ponerlo en marcha, desesperado por la lentitud en tomar velocidad, ya que habíamos parado en el inicio de una pequeña cuesta, y el lastre parecía ser demasiado para el potente motor del camión.

La rueda pinchada parecía no afectar para nada la marcha de los remolques. Era la cuesta arriba lo que nos estaba fastidiando.

Haciendo honor a la tierra en la que me encontraba, solté una variada colección de juramentos, dirigidos hacia el motor, las autopistas con cuestas y los remolques.

Kylelo, que se había sentado en el asiento del copiloto, me miró sonriente y dijo:

—Tú ser australiano de corazón.

Para animarnos un poco comencé a silbar el «Waltzinfi Mathilda», que viene a ser el himno oficial de todo australiano borracho, que no son pocos.

A los diez minutos, en vez de bailar el vals con Mathilda, estaba entonando unos fúnebres cantos gregorianos con la misma chica, ya que no había ni rastro de gasolinera o motel.

—¿Conoces esta carretera? —le pregunté a Kylelo que asintió sin añadir nada más.

—¿Sabes si tardaremos mucho en encontrar un teléfono?

—Puede ser.

Desde luego, el aborigen, no iba ser de una gran ayuda.

A la media hora mis dedos tamborileaban nerviosamente sobre el volante, ya que no nos habíamos cruzado absolutamente con ninguna casa.

Busqué un chicle y comencé a masticarlo con furia.

Por fin, media hora más tarde, mis cansados ojos vieron las luces de color de una gasolinera, reduje la velocidad y me dispuse a detenerme.

Para la poca práctica que tenía en este tipo de vehículos lo conseguí bastante bien: sólo lo hice doscientos metros más allá de la estación de combustible.

Me apeé y fui corriendo hasta ella.

Estaba extraordinariamente iluminada, pero sólo había dos personas: el encargado y una chica de aspecto asiático, con minifalda de cuero negro y una miniblusa a rayas azules y blancas, de un tejido ligero y suave que permitía averiguar todos los detalles de su anatomía.

—¿Tiene teléfono? —pregunté.

—Claro que sí —me respondió el encargado—. Pero ese maldito aparato ha decidido jorobarme la noche, y ha tenido la infernal ocurrencia de estropearse. ¿Sabe lo que eso significa? Pues que los malditos reparadores de la compañía, me van a tener aquí tres asquerosos días, sin que ni los demonios puedan darme un recado.

Es decir: «no funciona», dicho en la peculiar gramática australiana.

Mientras el encargado hablaba, la chica se había acercado a mí. Apoyó su mano en mi hombro y me dijo:

—¿Algún problema?

Les juro que era una voz como la de los ángeles: una voz suave, armoniosa, dulce, embriagadora, que inspiraba seguridad y confianza.

Aproveché mis explicaciones para darle un repaso a su anatomía.

Rostro ovalado, ojos almendrados, piel bronceada pero suave,

piernas largas y bien torneadas, pelo negro, ojos verdes, y unos pechos que desmentían la creencia popular de que las asiáticas no son excesivamente desarrolladas en ese punto del cuerpo.

A mitad de la explicación de mis aventuras, ella me interrumpió sonriente:

—Yo sé pilotar un camión de ésos. Me ha dejado abandonada aquí un camionero que se quería aprovechar de mí. No tengo dinero para el pasaje, así que voy haciendo auto-*stop*. ¿No podríamos llegar a un acuerdo?

Con ella me hubiera gustado llegar a muchos acuerdos pero, en principio, aquél no me parecía mal.

Llegamos al pacto de que ella sería mi copiloto hasta Adelaida, pero que, a la primera oportunidad y, tras llamar a la policía, haríamos una llamada a la Agencia de Transportes para ver si estaban de acuerdo.

Así que subimos a la cabina del camión e hice las presentaciones de rigor, después de que la chica se hubiera despedido afectuosamente del encargado de la gasolinera.

—He estado tres horas esperando, así que nos hemos hecho buenos amigos —dijo ella por toda explicación.

Al ver la cara de Kylelo, cuando vio a la chica, deduje que él también querría hacerse buen amigo de la chica. Como yo.

—Me llamo Wanda Wang —dijo tendiéndole la mano que Kylelo estrechó ceremoniosamente.

—Yo me llamo Indiana James —dije esperando ver la reacción de la chica.

—Sí. Das el tipo físico, pero espero que seas un poco menos tímido que el de las películas.

Mientras me sonrojaba, balbuceé cuatro deshilvanadas frases sobre que el de la pantalla era as; por necesidades del guión, pero que yo, como no tenía guionistas, era mucho más directo, expansivo y que, además, yo era un hombre de mundo habituado a…

No me dejó terminar: se sentó en el sillín del conductor.

—Quédate un rato a mi lado mientras me familiarizo con los mandos. Después te puedes tumbar a dormir. Debes de llevar bastantes kilómetros y yo, en cambio, estoy descansada.

Obedecí como un perrito faldero, y no me senté en su falda, porque no había cuero bastante.

Wanda Wang puso en marcha el potente motor del camión y comenzó a conducirlo con la misma facilidad con que yo dirigía un triciclo. Mientras ella estuviera al volante, podía dormir tranquilo.

CAPÍTULO III

La persecución del «Ford» en el que llevaban a Kylelo, podía convertirse en algo interminable. La distancia entre ellos y nosotros parecía no disminuir: éramos como el asno y la zanahoria.

Cinco minutos después, el «Ford» abandonaba la Stuart Highway y tomaba una carretera lateral.

El poste indicador parecía el resultado de una quiniela: todo eran flechas con nombres de ciudades y distancias en kilómetros: AYERS ROCK, PERT II, DAMPIER, GERALDTON, COBBER PEDDY…

Imposible saber hacia dónde nos llevaba nuestra persecución infernal.

—Tengo ganas de hacer… —dijo Wanda a mis espaldas.

Pues te aseguro que yo no miro, pero también te aseguro que no pienso levantar el pie del acelerador.

Cumplí las dos promesas, entre otras cosas, porque la carretera era bastante mala y necesitaba todos los sentidos para llevar todo mi convoy a través de aquella gymkhana de baches y agujeros.

—¿Te molesta que me ponga una ropa más cómoda? —me preguntó Wanda.

En otro momento me hubiera gustado dar un par de sugerencias sobre la ropa que, a mi juicio, le quedaría mejor. Pero, entonces, no estaba para esas lindezas.

—¡Hazlo rápido y prepara algo de comer!

Durante los minutos siguientes estuve tan concentrado en el volante y en el «Ford» que casi no oí el crepitar del *bacon* sobre la plancha. Únicamente el olor que llegaba a mi olfato me recordaba que hacía muchas horas que no comía nada.

—¿Te lo pongo en un sándwich? —preguntó Wanda a mis espaldas—. Te resultará más fácil comértelo de esa manera.

—Como quieras.

Tardó unos segundos en decir:

—Toma, ya está.

Me volví ligeramente para ver dónde lo tenía.

Durante los quinientos metros siguientes el camión y sus remolques se hundieron en todos y cada uno de los agujeros, rebotaron sobre los baches y zigzaguearon de un lado a otro de la calzada, mientras yo no conseguía apartar los ojos de Wanda.

Su concepto de ropa cómoda era sumamente pequeño: un bikini verde que, entre todas las piezas, a duras penas tendría un palmo cuadrado de lela. Muy bien repartido, pero un palmo cuadrado.

—¡El volante! —gritó ella a la vez que pasaba sus manos sobre mis hombros y se hacía con la dirección del vehículo.

La ayudé a controlar el camión, mientras le decía:

—Preferiría que estas sorpresas me las dieras en otros momentos en los que yo estuviera menos ocupado.

—No pretendía sorprenderte. Como dijiste que eras un hombre de mundo, no imaginé que fueras a «alterarte» de esa manera por verme en bikini. Es la prenda más cómoda y más fresca que conozco. Pero si lo prefieres, me pondré algo más.

Le agradecí infinitamente que se pusiera una camiseta sobre su casi desnudez. Después le pedí que me relevase, y cuando lo hizo, recogí el bocadillo del suelo, fui al W. C., y me dispuse a prepararme un desayuno de verdad a base de huevos a la plancha, tostadas con mantequilla de cacahuete, jamón y bacon, una lata de fríjoles y dos tazas de extraordinario café.

Mientras hacía todo esto, yo no apartaba la vista de la carretera: a pesar de sus desesperados esfuerzos, el viejo «Ford» no conseguía sacarnos ventaja, más bien al revés.

Wanda estaba conduciendo maravillosamente el convoy, sorteando todos los obstáculos con la habilidad de un corredor de ralbes. El camión, en sus manos, parecía un juguete infantil; aceleraba cuando podía acercarse un metro más al coche, y el camión la obedecía. Lentamente nos íbamos aproximando a nuestra presa.

El velocímetro señaló, en un momento, los 82. Justo a la entrada de una curva.

—Levanta un poco el pie… —sugerí tímidamente a Wanda.

Sin levantar los ojos de la ruta me replicó secamente:

¿No quieres que atrape a esos tipos? ¡Pues come y calla!

Los neumáticos del camión parecieron reafirmar mis palabras, ya que chirriaron como diablos, mientras yo rezaba pidiendo que no sucediera lo inevitable: que el camión se lanzara a hacer *cross* a través del desierto.

Wanda sujetó firmemente el volante, pero el camión comenzó a desplazarse hacia el arcén.

—¡Cuidado! ¡Podemos volcar!

Ni me contestó. Sus mandíbulas estaban apretadas firmemente, como si estuviera realizando un agotador pulso con aquella bestia mecánica.

Fue como si, de repente, se hubiera invertido la gravedad y, en vez de atraernos hacia el suelo, lo hiciera hacia el costado de la cabina.

No quise ni imaginarme lo que deberían de estar sufriendo los enganches de los remolques. Sólo de pensarlo se me ponía piel de avestruz, que es bastante peor que la de gallina.

Pero Wanda seguía su lucha con el camión: desde la ventanilla del copiloto veía perfectamente que ella iba a perder, y que los dos íbamos a salir dando vueltas entre unas cuantas toneladas de maíz y un montón de kilos de pescado congelado.

Pero no fue así: en un segundo, el camión salió disparado, ganando velocidad. El movimiento cogió por sorpresa a la chica, que se aferró aún más al volante, intentando que el vehículo no siguiera haciendo eses.

¡Estábamos casi a punto de tragarnos al viejo «Ford»!

Por el retrovisor vi la causa de aquella brutal acelerada: los dos remolques traseros se habían desprendido del convoy y rodaban sobre las piedras, levantando una tormenta de polvo.

—Vete frenando —le dije a la chica.

—Pero estamos a punto de…

—¡Obedece! Le dije mientras volvía a empuñar mi «Magnum Colt».

El «Ford» se distanció unos metros de nosotros: los suficientes como para no arrollarlo cuando recibiera mis disparos.

¡Fue como tirar en una caseta de feria!

Del primer tiro le arranqué el retrovisor.

El segundo, fabulosamente calculado, entró por el techo, lo atravesó y salió a través del parabrisas, dejándolo hecho un *puzzle* de piezas microscópicas.

Y el tercero le reventó el único neumático trasero que estaba en buen uso.

No tuvieron más remedio que detenerse en el arcén y, para cuando bajaron del coche, mi «Magnum» se había enamorado de ellos, y los miraba fijamente, sin parpadear.

La telepatía existe: mi pistola es la prueba palpable: sin necesidad de pronunciar una sola palabra, aquellos tres tipejos se llevaron las manos a la nuca y se alejaron unos cuantos metros del «Ford».

Yo descendí y ayudé a Kylelo a salir del asiento trasero.

Su rostro estaba machacado a golpes, de entre el pelo blanco de su cabeza brotaba un hilillo de sangre y, al caminar, lo hacía como si cada movimiento le arrancase una colección completa de dolores.

—Yo encontrar bien. ¡Vamos! —dijo a modo Je «¡Gracias!».

—¡Ni lo sueñes! Tengo un montón de preguntas que hacerle a esta gente.

Los examiné detenidamente: nunca había oído hablar del gorila como animal típico australiano. Pero éstos lo eran. Dos metros de estatura, unas espaldas anchas como pantallas de cine y unos brazos más gruesos que las columnas de la plaza de San Pedro del Vaticano.

Asesinos a sueldo, matones, pistoleros… ¡Todo eso lo llevaban escrito en sus caras!

—¿Qué querían de ti, Kylelo?

—No lo sé.

Volví a repetir la pregunta, esta vez a los gorilas.

Caso de que lo supieran, no me contestaron.

Dejé que mi dedo índice de la mano derecha hiciera la pregunta en forma de bala entre los pies del tipo más grande, el que estaba en medio.

Ni se inmutó.

Aquello parecía que no le haría hablar, y a mí no me gusta asesinar a sangre fría.

Apunté directamente a la cara del tipo que estaba a la izquierda.

Tragó saliva, palideció, le temblaron los brazos y comenzó a

hablar.

—¡Cállate! —le dijo el del centro.

Pero él no obedeció.

No sabemos quién es este negro… En Darwin nos pagaron por cogerlo a él… nos dieron mucho dinero.

—Y mi otro compañero, Kenny McHospers… ¿Dónde está?

Se volvió a hacer el silencio.

Demasiado silencio. El suficiente como para que, a través del aire, me llegara un sonido conocido.

Aspas de helicóptero y motores de avioneta.

La sonrisa de los tres tipejos me dio a entender que ellos sí conocían al avión y al helicóptero que se nos acercaban.

Un tiro entre los pies se resiste bien. Varios disparos seguidos, y cada vez más próximos, hacen mella hasta en los más duros corazones: los tres tipos comenzaron a correr desierto adentro.

—¡Sube! —le grité a Kylelo.

—¡Pon en marcha el camión! —le dije a Wanda.

Y mientras me obedecían corrí hacia el gozne trae unía al camión con el primer remolque.

Mi «Magnum Colt» hizo el resto.

Salté a la cabina y desalojé a Wanda del asiento del conductor.

¡Aquello era un motor! Libre ya de la pesada carga de los remolques, mi camión tenía la potencia de un huracán. Saltó, corrió, aceleró, derrapó en las curvas y se portó como si fuera un muy bien entrenado coche de Fórmula 1.

Como despedida mandé una bala de la «Magnum» al motor del «Ford», que estalló.

Lancé mi pistola hacia atrás.

—Wanda, cárgala.

La chica, con la pistola en las manos, se queco mirándome y dijo:

—No sé cómo se hace.

A través del retrovisor vi como Kylelo la cogía suavemente, y sin hacer ni un solo movimiento en falso, comenzaba a poner las balas en el tambor.

¡Kylelo tendría que explicarme muchas cosas, y la primera de ellas iba a ser cómo un troglodita conocía tan bien las armas cortas!

Una de las avionetas, una vieja «Pipper Pawnee» de fabricación

americana, nos adelantó en vuelo rasante, casi rozando la cabina del camión.

—¿Cuántos son? —pregunté a mis pasajeros—. ¡Que alguien lo mire!

—Un helicóptero y una avioneta —replicó Wanda.

No sabía qué hacer para escapar de aquella trampa aérea, no teníamos donde escondernos, la noche tardaría varias horas en llegar, nuestras armas difícilmente podrían derribarlos…

¡Lo único que se me ocurría era rezar para que se les acabase la gasolina!

Por si acaso, coloqué mi «Magnum» entre los muslos, dispuesto a aprovechar la primera oportunidad en que acercaran, y…

¡Gasolina! ¡Ésa era la palabra: ga-so-li-na!

Obligué a Wanda a sentarse al volante, luego salí por la otra puerta, agarrándome a los relieves de la carrocería del camión y avancé hacia el depósito supletorio de gasolina.

Confiaba en que mis aéreos enemigos hubieran visto un «Road Train», supieran que detrás llevan un depósito auxiliar y creyeran que nos estábamos quedando sin combustible.

Desde la avioneta habían visto mis equilibrios y, picados por la curiosidad, se acercaron a comprobar sus suposiciones.

No sé cómo hice puntería. También es cierto que no les alcancé en el motor, como era mi intención.

Simplemente les hice en una de las alas un boquete como una cabeza de bisonte.

Un agujero lo suficientemente grande como para convertir a la avioneta, durante unos minutos, en un trompo, y obligarle, después a alejarse en busca de un sitio donde aterrizar.

Acompañada del helicóptero.

—¡Al fin solos! —exclamé al volver a la cabina—. ¿Dónde vamos?

—Creo que lo mejor es dirigirse a Cobber Pedy. Es el punto civilizado más próximo… ¡Y está muy lejos! —dijo Wanda.

—¡Pues vamos allá!

A mi espalda oí un carraspeo, y la voz de Kylelo que decía:

—Cobber Pedy… Kupa Piti… «El hueco del hombre blanco bajo el suelo». A mí no gustar. No buena gente.

—Tampoco estamos en condiciones de seleccionar nuestras

amistades —repliqué un tanto molesto—. ¡Vamos a Cobber Pedy!

Y Wanda tomó la desviación.

Capítulo IV

El paseo por el desierto australiano, puede ser considerado de todo, menos aburrido: las montañas no suben hacia el cielo como en el resto de los continentes. Allí son piedras caídas de la estratosfera y clavadas profundamente en la tierra. De no ser así, ¿cómo explicar una maravilla como Ayers Rock? Un «trozo de roca», de tres kilómetros de largo, por dos y medio de ancho, que se alza a más de trescientos cincuenta metros sobre una llanura infinita.

No me pregunten el color que tiene: depende de la hora del día. Puede variar desde un marrón-castaño, hasta un rojo-sangre, pasando por un azul-indescriptible. Un montículo clavado en las entrañas de Australia, pulido como un mármol de escultura por algunos puntos, y, por otros, áspero, rugoso y salvaje, como solo la naturaleza puede concebirlo.

Pero, a pesar de la majestuosidad de Ayers Rock, y de la inmensa gama de colores de la arena, mi cabeza estaba ocupada en encontrar la fórmula de interrogar a Kylelo.

El sabía más de lo que decía. Cuando los hampones habían afirmado que no le conocían, él no había podido ocultar un suspiro de satisfacción.

Decidí aprovechar el momento en que Wanda ocupara el volante, para sonsacar al viejo aborigen. Habíamos vuelto a establecer los turnos de seis horas, ya que, de otra forma, aquel desierto infinito podría acabar con nuestras energías.

Después de que Kylelo preparase la comida, hicimos el cambio.

Me tumbé en la litera superior y abrí mi libro, «El corazón de las tinieblas», en espera de hallar la fórmula de entablar conversación con el viejo.

Kylelo permanecía tendido en la litera inferior, con las manos

cruzadas debajo Je la nuca, mirando atentamente el suelo de mi cama, sin un solo movimiento. Quieto como una escultura de bronce. Encerrado en sus pensamientos.

Carraspeé varias veces intentando llamar su atención, pero no lo conseguí. Únicamente Wanda me dijo:

—En mi mochila hay unas pastillas para la tos.

Estaba comenzando a ponerme nervioso, así que me levanté de la cama, cogí las pastillas y le ofrecí una a Kylelo.

Me miró a los ojos y negó con la cabeza.

Yo me puse una en la boca, y me senté en su cama.

—¿Tú querer hablar? —me preguntó.

—Sí.

—¿De qué cosas querer hablar?

Iba directo al grano.

—De ti y de esos tipos que intentaron secuestrarte. Tú los conoces.

Guardó unos segundos de silencio, antes de replicar:

—Sí. Son los matones de Michael Kelly.

Hizo una pausa de varios segundos, como si necesitase darse valor entre frase y frase. Cuando yo, impaciente, iba a preguntarle quién era Michael Kelly. Kylelo comenzó a hablar. Y no dejó de hacerlo hasta terminar de contar una larga y complicada historia.

Los koolana, la tribu a la que pertenecía Kylelo, habitaban una reserva en el sur del desierto, cerca de Adelaida. Una reserva, como todas, seca, desierta y árida. Una porción de tierra que requería un gran esfuerzo de todos los aborígenes para que diera un poco de fruto, simplemente para no morirse de hambre.

Y, un mes atrás, uno de los aborígenes había descubierto un ópalo, una piedra que, si es de buena calidad, puede multiplicar por diez el precio del oro.

La tribu se había dividido en dos grupos: los que decían que aquel hallazgo era casual, y que deseaban abandonar la reserva y acogerse a los Planes de Ayuda Social para los Aborígenes; y los que deseaban seguir explotando aquella posibilidad de la tierra.

Pero la decisión debía de ser de toda la tribu: devolver las tierras al gobierno y coger la pensión, o quedarse allí, y comenzar a buscar ópalos.

Kylelo, que era de los pocos que sabían leer, había sido enviado

a Darwin, una ciudad fuera del «mundo del ópalo» y de su mafia para tantear la pureza de la piedra. De lo que él dijera dependería que la tribu tomase una decisión u otra. ¡Y el ópalo era purísimo!

Al llegar aquí, Kylelo volvió a tomar unos segundos de descanso.

—Michael Kelly ser comprador de ópalo. Comprador en el mercado negro. No saber cómo él averiguar que yo tenía piedra. Pero yo no decir dónde haber encontrado. El solo puede coger a mí y obligar a que yo decir a él, dónde haber encontrado ópalo.

—¿Cuándo tiene que tomar la decisión la tribu? —le pregunté.

—Mañana, cuando el sol se ponga.

No era mucho tiempo, pero sí el suficiente como para poder llegar allí y convencer a la tribu de que el ópalo era bueno, de que, casi con toda certeza, allí habría más, mucho más.

—Allí estaremos, viejo —dijo Wanda desde el volante—. Nada me gustaría más que chafar los planes de Michael Kelly.

—¿Le conoces? —La interrogué sorprendido.

—Es otra historia, tan triste, larga y sórdida como la de Kylelo. ¡Y por hoy ya tenemos bastantes tristezas! Sólo te diré que «El señor Kelly», que es como le conocen sus amigos, hace sus negocios en la más completa impunidad: sus amigos son jefes de policía, jueces, grandes industriales, banqueros…

Eso quería decir muchas cosas: primera que lo mejor era olvidarse de llamar a la policía, segunda que más valía no informar a la Agencia de Transportes donde estábamos ya que ellos sabían que Kylelo venía con nosotros. Y además que, si Kelly era tan poderoso como parecía, entre el lugar donde estábamos y la reserva aborigen de los koolana, el cielo podía desplomarse sobre nuestras cabezas.

—¿Falta mucho para Cobber Pedy? —le pregunté a Wanda.

—En una hora habremos llegado, pero ahora que sé la historia de Kylelo… ¡No me parece muy buena idea ir allí!

—¿Por qué? —pregunté sorprendido.

—Se nota que no conoces Cobber Pedy: es como un poblado de buscadores de oro en el viejo Oeste americano. Sólo impera la ley del más fuerte, que es Kelly. Allí nadie se fía ni de su vecino. El calor es el más asfixiante que hayas sentido en tu vida. La gente no vive en casas: se han excavado bajo tierra sus propias viviendas; son como minas abandonadas en las que se hubieran colocado cuadros

en las paredes y una mano femenina hubiera montado una cocina en uno de los ensanchamientos de las galerías. Los propietarios llaman a esas viviendas
DUG-OUTS.

—El panorama no es muy alentador —dije intentando quitar dramatismo a la situación.

Wanda comenzó a reír.

—¡Nada alentador! La mayor pasión de los mineros es engañar a los Agentes del Fisco; en segundo lugar, robar al compañero que ha encontrado un filón de ópalos… ¡Hasta la tierra recuerda un campo de batalla! Todo son cráteres de polvo provocados por las excavadoras que buscan las piedras preciosas, un paisaje muy parecido a la guerra de trincheras de la Primera Guerra Mundial.

Aquella vez ya no dije nada para animar a mis compañeros: temía que me desanimasen a mí.

Comenzaba a anochecer cuando llegamos a Cobber Pedy. La descripción de Wanda se había quedado corta: aquello parecía un paisaje de la Tercera Guerra Mundial, la atómica, la definitiva, la que cerrará el ciclo, la última.

Antes de llegar habíamos tenido una amena discusión: ir o no ir a Cobber Pedy. Kylelo era partidario de dar media vuelta. Yo no sabía qué hacer. Y Wanda había dado varias razones de peso: la primera que «La Reina del Ópalo» será el último sitio en que nos buscarían. También dijo que si nos habían seguido daba igual al sitio al que nos dirigiéramos.

Es decir, que hiciéramos lo que hiciéramos, vendrían a por nosotros. Creo que Freud se olvidó de definir el complejo de «Periquito-En-Una-Jaula-Pequeña». Si lo hubiera hecho, yo hubiera sido el paciente ideal, con todos los síntomas. En aquel inmenso continente me sentía como un ratón en una jaula.

—Hemos de intentar cruzarla a toda velocidad, y sin llamar la atención —dijo Wanda—. Es la única oportunidad que tenemos. No olvidéis de que la ciudad está llena de gente que vende clandestinamente sus ópalos a Kelly. ¡Y que les gustaría que les debiera algún favor!

Afortunadamente llevamos subidas las ventanillas del camión, porque el viento huracanado se dedicaba a golpearnos, con los granos de arena que arrastraba.

Todo el camión resonaba como si una tremenda tormenta de granizo estuviera cayendo sobre nosotros.

Wanda tuvo que disminuir la velocidad, pues en algunos puntos de la carretera la visibilidad era escasa por la tormenta de arena.

Y entonces nos cayó encima la segunda granizada.

Una ráfaga de metralleta vino en busca de nuestros neumáticos.

El camión se ladeó peligrosamente, mientras Wanda intentaba no perder la dirección.

—¡Nos estaban esperando! —gritó por toda explicación.

Eso ya lo sabía yo: desde antes de que sonaran los disparos, mi sexto sentido me había hecho empuñar mi «Magnum».

El camión se había salido de la carretera y saltaba sobre los cráteres de arena como si estuviera haciendo una competición en trampolines de esquí acuático.

Wanda seguía firmemente agarrada al volante, pero Kylelo y yo salíamos despedidos en todas las direcciones, agitados, golpeados, entrechocados nuestros cuerpos, y dando increíbles saltos mortales.

Cuando la chica consiguió detener el monstruo mecánico, Kylelo y yo, estábamos listos para ser ingresados en una Unidad de Cuidados Intensivos.

—¡Atención! —gritó Wanda—. ¡Ahí vienen! ¿Estáis listos?

—Los dos nos incorporamos de un salto: yo con la pistola y Kylelo empuñando el machete.

Me arrastré hacia la ventanilla y miré tímidamente al exterior.

Buena vista debía de tener Wanda, ya que en aquella nube de polvo, ni siquiera alcanzaba a ver el espejo retrovisor lateral.

—¿Por dónde vienen? —le pregunté.

—No lo sé, no puedo verlos. Pero supongo que deben de estar rodeándonos. No creo que hayan preparado ese «revoltillo de balas» y ahora se hayan olvidado de nosotros.

—Pues… ¡Vamos fuera! Esa nube de polvo puede ayudarnos a escapar.

Y mientras decía esto abría la puerta y saltaba al suelo.

Fue como sumergirnos en una piscina de petróleo ardiendo.

El calor se metió por mis pulmones hasta llegar a los últimos rincones de mi cuerpo. Los granos de arena que arrastraba el viento me golpearon los ojos como si se tratase de un cepillo de duras cerdas, además de meterse por mi nariz, por las orejas, por la boca.

Y moscas. Miles de moscas deseando aterrizar en mi epidermis.

Estaba ciego, más que un murciélago en el Sahara.

—¡Por aquí! —Oí que gritaba Wanda, brindándome su apoyo.

Pero incapaz de saber dónde estaba.

La media docena de pasos que había dado protegiéndome los ojos con el antebrazo, habían contribuido a desorientarme. Además Kylelo no decía nada y la voz de Wanda cada vez me parecía más lejana.

—¡Kylelo! ¿Dónde estás?

No me contestó.

Inmediatamente me di cuenta de que había cometido un error al pronunciar su nombre a gritos.

Lo mejor que podía hacer era salir de aquel mar de polvo, buscar un escondite y esperar a ver qué sucedía con mis compañeros.

Comencé a correr procurando mantener una línea recta, pero los ojos me escocían y me resultaba casi imposible el ver dónde se posaban mis pies.

Y, de repente, mi pie izquierdo pisó el vacío y comencé a caer.

No fueron más de cinco metros, pero estaba resbalando por una rampa bastante pronunciada. Hasta que choqué con algo duro y hueco.

Me incorporé y abrí los ojos.

Había caído por una rampa que llevaba hasta una gran puerta, unos tres metros por debajo del suelo. Se trataba, evidentemente, de la entrada a un

DUG-OUT.

Aporreé la puerta sin muchos miramientos.

Y, como nadie acudía a abrirla, probé a hacer lo mismo con los pies.

El propietario de la casa no debía de guarda muchos ópalos en su interior, ya que la cerradura saltó a la segunda patada.

Ante mí tenía un gran pasillo excavado en la dura piedra, al fondo del cual se podía divisar un encantador saloncito, con su mueble-bar, su aparato de TV, unos confortables sillones, etc.

Rápidamente cerré la puerta para no dar ninguna pista a mis perseguidores. Y después de colocarme la «Magnum» en el cinturón, me serví una generosa ración de *bourbon* «Old Forester» en un

inmenso vaso lleno de cubitos.

Por unos momentos me olvidé de Kylelo y de Wanda, de nuestros perseguidores y de nuestra apurada situación.

Pero mientras echaba la cabeza atrás, para apurar las últimas gotas del licor, pude ver completamente la vivienda: una ratonera.

Estaba encerrado en una ratonera. Para salir de allí no había más camino que la puerta de entrada. Cualquier otro punto estaba cuidadosamente reforzado por un montón de toneladas de sólida piedra.

¡Tenía que salir de allí!

Y en aquel momento, una llave comenzó a trastear la cerradura.

De un salto me zambullí detrás del tresillo a la vez que desenfundaba mi pistola.

Varias voces se acercaban, gritando, por el pasillo.

—¡Han roto la puerta! Cuando he metido la llave, se ha abierto sin necesidad de girarla…

Una de las voces comenzó a alejarse y le oí gritar en la puerta del
DUG-OUT.

—¡Atención! ¡Aquí hay un intruso!

Los pasos volvieron hacia mí y se detuvieron a la entrada del salón en el cual me hallaba, señal inequívoca de que los que habían entrado en la casa se imaginaban en cuál de las habitaciones me encontraba.

Martilleé firmemente mi «Magnum Colt» y me dispuse a salir a su encuentro.

Era lo único que podía hacer: ponerme panza arriba y defenderme como un gato acorralado.

Sobre el mueble bar había una lámpara con un gran globo de cristal opaco.

Apunté cuidadosamente.

Disparé.

La noche se hizo en el salón, a la vez que los cristales salían disparados como metralla en todas direcciones.

El segundo disparo lo hice a ciegas, y corriendo: apunté a las botellas del bar.

Estallaron con una gran baraúnda de sonidos.

En el pasillo las voces comenzaron a gritar, pero casi antes de

que hubieran terminado las frases, yo entré en el pasillo.

Entré como un ciclón, como una presa que se rompe, como un boxeador loco en una tienda de objetos de regalo.

Sujeté la pistola con los dientes porque allí, en medio de toda la gente, un disparo podía ser peligroso para mí.

A la primera sombra le di un gancho de derecha, que le hizo salir disparada contra la pared.

A la segunda le lancé un feroz golpe de talón: una maravilla dentro del arte del karate.

Desgraciadamente no era una sombra humana. Era una bonita estatuilla de madera representando a una africanísima jirafa.

No me hice daño en el pie, pero al no encontrar la resistencia esperada, caí hacia aquel lado.

Y un montón de cuerpos, al alegre grito de «¡Ya lo tenemos!», me sepultó como un alud.

Dos docenas de manos grandes, ásperas y callosas, me inmovilizaron los brazos, las piernas, me sujetaron por el pelo, me quitaron la pistola y se dedicaron a golpearme en los escasos sitios en los que no había manos.

—¡Ya tenemos a los tres! —dijo una voz anónima.

Y yo dejé de intentar defenderme.

CAPÍTULO V

No se puede decir que aquellos tipos fueran delicados con sus detenidos. Me zarandearon y sacaron al exterior casi sin que mis pies tocaran el suelo.

Después, vino un vía-crucis a través del temporal de arena: un paseo en el que los hombres que me llevaban preso no dejaban de recibir palmadas en el hombro, calurosos apretones de mano y felicitaciones.

Todos menos yo circulaban por el poblado con gafas de sol de esquiar, que son una buena defensa contra los granos de arena a la velocidad de la luz.

Mis ojos volvían a estar inundados de tierra como si se tratase de un pantano de arenas movedizas.

Fue un paseo agotador en el que lo único que podía utilizar eran mis oídos. Y los usé para escuchar todo lo que se decía en la niebla de polvo que me rodeaba.

He aquí una selección de las frases que mejor se me quedaron grabadas en el cerebro:

—¡Ya tenemos a los tres!

—¡Kelly estará contento!

—Cuando Kelly se haga con esta nueva tierra de ópalos, sabrá ser generoso con vosotros… —dijo uno de los que me sujetaban.

—¿Qué vais a hacer con estos dos?

—Kelly nos ha dado instrucciones muy precisas sobre eso.

Seguimos caminando durante un buen rato hasta llegar a la rampa que conducía a un
DOG-OUT.

La puerta era más acorazada que la del National Bank of the USA.

Las paredes eran auténticas construcciones de bunker, reforzadas en su interior por gruesas placas metálicas.

Ventilación interior, amplitud de espacio, varios hombres armados con supermodernísimos «Winchester» de carga automática…

Conforme iba avanzando por el pasillo central, que se hallaba flanqueado por varias salas, como si se tratase de una astronave de película de C. F., iba dándome cuenta de que aquello tenía que ser el cuartel general de Kelly y sus secuaces: habitaciones con literas, armerías custodiadas por guardias fuertemente armados a la puerta, despensa mejor surtida que la de la Casa Blanca cuando se prepara una comida para doscientos invitados.

Demasiado espacio para la docena de personas que había allí dentro.

Y, por fin, el gran hombre.

Salió de una de las habitaciones laterales: era más bajito que Dustin Hoffman, y más gordo que la Piggy de los Teleñecos. Iba tocado con un amplio sombrero tejano, un puro habano más grande que un submarino y gafas de sol impenetrables. Detrás de él dos personas que hablaban a la vez, y a las que mi diminuto enemigo, iba contestando alternativamente.

Al verme se detuvo y con un ligero gesto de los dedos de la mano derecha, logró un silencio total.

—Así que tú eres el mamarracho que me ha traído de cabeza… —dijo a la vez que me miraba de arriba abajo.

Le sonreí retadoramente.

—Me imaginaba que el Gran Hombre sería un hombre más grande —le contesté.

Me hundió el puño en la boca del estómago y luego dijo:

—Llevadlo con los otros. ¡Y procurad que no le pase nada! El señor Kelly querrá tener una charla con él… ¡Y yo quiero terminar personalmente la conversación con él!

O sea, que me había puesto chulo con alguien que no era más que el capataz de los esclavos de Kelly.

No me trataron mal, pero tampoco puede decirse que hubieran sido tiernos conmigo. Me condujeron frente a una puerta con una ventanilla provista de rejas. La abrieron y me arrojaron al suelo de la misma manera que los nazis tiraban los libros a las hogueras.

La habitación sólo estaba iluminada por una bombilla en el techo, pero era suficiente para ver a Kylelo, acurrucado en un rincón y a Wanda, que se acercaba hacia mí dispuesta a ayudarme.

Debía de haberse defendido muy bien la chica: no quedaba ni rastro de su camiseta y las piezas del bikini estaban todas anudadas entre sí para evitar que se cayeran, dando un aspecto de atadura más que de traje de baño.

—¿Te han golpeado? —me preguntó preocupada.

Negué con la cabeza, mientras mantenía mis ojos clavados en los de Kylelo.

El aborigen sonrió tristemente y negó con la cabeza.

—No. Yo no decir nada. Claro que ellos tampoco preguntar nada.

Hice un rápido análisis de la situación: de no ser por las cuatro paredes, estábamos en la misma situación que antes. Ellos no sabían dónde estaba la tierra de los ópalos.

La cosa era fácil: sólo teníamos que salir de allí.

—¿Se te ocurre algún plan? —me preguntó Wanda.

Estaba pensando y no le contesté. Mis ojos vagaban por las paredes, perdidos, mientras yo intentaba encontrar alguna fórmula de escapar.

Mis ojos siguieron registrando todos los rincones, todas las manchas de la pared, las juntas de las baldosas, los cables de la electricidad, los pechos de Wanda, cubiertos únicamente por unas delgadas cintas…

—Estás pensando en un plan o en… —me dijo la chica al darse cuenta de que mis ojos habían dejado de vagar y se habían concentrado en ella.

—En las dos cosas —repliqué con una sonrisa picara—. Creo que ambas son compatibles.

—Antes tendrás que lograr mi consentimiento —dijo ella retadora.

—Me lo darás, me lo darás… Escucha atentamente: Si yo aporreo la puerta diciendo que Kylelo, o tú, estáis presos de un ataque de apendicitis, ¿qué sucederá?

—No te creerán.

¿Y si les digo que nos saquen de aquí, porque hay una invasión de ratas?

—Se reirán de ti, en tus narices.

¿Y si nos ven, a los dos, bajo esa manta, haciendo como que…?

No me contestó. Yo respondí a mi pregunta. Te puedo asegurar que entrarán a separarnos y a pedir tu «colaboración» para jugar con ellos a lo mismo.

Nunca me habían hecho una proposición deshonesta tan disparatada y retorcida replicó ella con una sonrisa de picardía.

—Nunca te había hecho una proposición Indiana James —repliqué yo con aire de Humphrey Bogart.

Nos pusimos rápidamente manos a la obra, con mi plan.

Kylelo, convenientemente instruido, comenzó a hablar, con tono airado.

—¿Tú creer que éste ser momento para hacer estas cosas? ¡Gran Dios no ayudar a nosotros, si tú dejar arrastrar por el vicio!

—¿No sabes respetar el último deseo de un condenado a muerte? —repliqué con voz lo suficientemente alta como para que la oyeran nuestros guardianes.

Al poco rato, la ventanita se abrió y uno de los guardias dio un vistazo al interior.

No puedo transcribir las palabras que dijo: puras obscenidades.

Lo cierto es que la puerta se abrió, y el carcelero, enarbolando su rifle entró hacia nosotros.

—¿Qué os habéis pensado que es esto: un burdel?

—A juzgar por la gente que he visto fuera, seguro que lo es —repliqué yo, buscando provocarlo.

Me colocó el fusil debajo de las narices.

—¿Te crees muy gracioso?

Mientras comenzaba a hablarme, me incorpore, dejando que la manta resbalase. Los ojos del guardián se dirigieron hacia los pechos de Wanda.

Kylelo se puso a su espalda.

Yo, aprovechando que miraba atentamente a la chica, di un golpe rápido en su fusil.

El aborigen dio un golpe rápido en su nuca.

—¡Vamos! —grité mientras el guardián se desplomaba.

Fue una casualidad que el «capataz» de Kelly pasase por el pasillo en aquel momento.

Pero, antes de que pudiera dar ninguna instrucción a sus

secuaces, yo le había sustituido el puro habano, por un frío cañón de rifle «Winchester».

Después no hizo falta que dijera nada más: alcé las cejas, sonreí con aire de superioridad, y la densa barrera que formaban los matones de Kelly se rompió haciendo un pequeño pasillo que nos llevaba hasta la puerta de salida del
DUG-OUT.

Wanda y Kylelo venían muy pegados a mí, como si con aquello estuvieran a salvo de un estirón que los sumergiera en el mar de matones que nos rodeaba. El aborigen, no sé cómo, había recuperado su saquito, y lo apretaba fervorosamente contra su pecho.

Cuando salimos a la calle, había anochecido, cerré cuidadosamente la puerta, inutilicé la cerradura, saqué el fusil de la boca del tipo y le pregunté dónde estaban sus medios de transporte.

Con un dedo tembloroso me señaló una caseta de uralita.

Volví a ponerle el cañón en la boca y nos dirigimos hacia el rústico garaje.

Como desconocía si había guardianes dentro, entramos procurando no hacer ruido.

Los había: dos tipos con aire de presidiarios que estaban sentados en sillas y llevaban una amena conversación.

—Hubiera preferido ir con los otros, a tener que hacer aquí una guardia de veinticuatro horas… —protestaba uno de los gorilas.

Kylelo les administró dos anestésicos en forma de golpe de mango de machete, y los dos cayeron sin conocimiento.

Allí dentro no había más que un par de motos, una furgoneta desvencijada, y un helicóptero en reparación, con las hélices en el suelo.

Demasiado garaje para tan poco contenido.

Volví a sacar el cañón del «Winchester».

—¿Dónde está Kelly? ¿Dónde están sus hombres? ¿Dónde han ido?

Le hice tres preguntas confiando en que, al menos, me respondiera a una.

—No lo sé.

No tenía tiempo para perderlo en un diálogo ingenioso con aquel tipo, así que le cogí por las solapas, lo colgué de una de las

cadenas que pendían del techo, le até los pies y las manos y comencé a remangarme. Sin decir ni una sola palabra.

Comencé a sudar copiosamente, a la vez que farfullaba palabras ininteligibles.

Yo hice caso omiso a lo que decía y le apliqué tres soberanos puñetazos. Kylelo, mientras tanto, vigilaba que los hombres de Kelly no salieran en nuestra persecución.

—¡Ya vienen! —dijo tranquilamente a la vez que sacaba la mano de su bolso, con un boomerang en ella.

Cogí al secuaz de Kelly por las orejas.

—Han ido a… a… la reserva de los koolana… la de Kylelo…

—¿Qué pretenden?

—Van a provocar un… un incendio… así obligarán a los aborígenes a salir… y a renunciar a la reserva. No tendrán dinero para empezar la búsqueda del ópalo… si mañana no se acogen al Plan del Gobierno… ¡mañana no comen!

Lo tenían todo bien pensado. Le di un golpe con el canto de la mano sobre la oreja izquierda, que lo mandó a dormir, y corrí hacia donde estaban Wanda y Kylelo.

—¡Van a tu reserva! —le dije al indígena—. Tenemos que detenerlos.

Kylelo estaba ensimismado en sus lanzamientos.

Las maderas curvas, los boomerangs, salían despedidos de su mano sin hacer ningún ruido, se perdían en la oscuridad de la noche y luego, con un ligero ploooonggg, indicaban que habían cumplido su cometido.

Le expliqué a Kylelo el plan de Kelly.

Wanda lo escuchaba todo atónita.

Y me acordé de mi viejo amigo Floyd Freedman, el dueño de un avión apagafuegos, el ex propietario de una agencia de yates de pesca para turistas ricos, el ex encargado de una granja hortofrutícola…

—¡Tenemos que separarnos! —les dije.

Kylelo tendría que ir a avisar a sus compañeros de tribu mientras yo intentaba hacerme con el avión de Floyd.

—Yo no saber conducir —dijo Kylelo mientras lanzaba otro boomerang.

Miré a Wanda.

—¡Yo lo llevo! —dijo ella muy decidida.

—Usaremos las motos… ¡No me gusta el aspecto de la furgoneta!

Corrió hacia una de las motos, mientras me dispuse a reemplazar a Kylelo en la contención de los gorilas. Pero yo no conocía la técnica del boomerang, así que hube de contentarme con dispararles humildes balas del «Winchester» calibre 222, capaces de tumbar a un elefante.

No me gusta comparar la artesanía con los productos industriales hechos en serie, pero lo cierto es que los sicarios de Kelly no se sintieron felices por el cambio de armas.

—Yo os cubro —le dije—. Y cuando hayáis salido, me escaparé.

—Nos veremos en la reserva —me dijo la chica.

—Gracias —dijo, simplemente, Kylelo.

Lancé una nueva andanada de disparos sobre mis enemigos, para intentar tapar el ruido de la moto.

Sólo fueron tres balas. A la cuarta, el fusil hizo CLICK.

No quedaba munición.

Corrí hacia la moto que me habían dejado y monté sobre ella.

La puse en marcha, aceleré con un golpe seco de muñeca y salí disparado hacia la entrada del garaje.

Llegué a la noche en medio de una rociada de balas.

Di media vuelta, a toda velocidad, y me perdí, en lo que suponía que sería la carretera hacia
Fowler’s
Bay.

Lo único que sabía es que allí había una salida de Cobber Pedy, algo que me alejaría, aunque sólo fuese momentáneamente, de mis perseguidores.

Bueno, también sabía que todos los habitantes de fa ciudad «Reina del Ópalo», se aprestarían de mil amores a ceder sus vehículos a los hombres de Kelly y, que, antes de cinco minutos, una jauría de motos, coches y camiones, iba a salir en mi persecución.

La verdad es que nunca he sido un fanático de las motos. Cuando era chico, siempre quería tener una de esas potentes motos que llevaban los alemanes en la Segunda Guerra Mundial, motos capaces de subir montañas, atravesar pronunciados barrancos,

recorrer interminables carreteras en menos de cinco segundos…

Pero desde que había tenido que hacer el re corrido Santa Fe-New York en unas pocas horas, y a lomos de una moto, todas mis pesadillas tenían que ver con aquellos diabólicos engendros de dos ruedas.[1]

«¡Nunca más en moto!». Me había jurado a mí mismo al llegar a New York. ¡Nunca más, me había jurado en las largas horas de hospital!

Pero ahora había llegado el momento de renunciar a mis principios.

Así que seguí acelerando, dispuesto a llegar a Fowler's Bay en el menor tiempo posible.

No hace falta que les cuente mi recorrido.

Corrí como solo el diablo es capaz de hacerlo, no sólo por el miedo a que mis perseguidores me alcanzasen, sino también por el terror a que amaneciera, y el sol cayera sobre mí.

Dos paradas para repostar gasolina, comprobar que iba por buen camino, y seguir otra vez en mi apresurada ansia por dejar atrás el mayor número posible de kilómetros.

Y, a las cuatro de la madrugada, un ratito antes de que amaneciese, saltaba de mi moto y corría hacia la casa de Floyd Freedman.

Le propiné un sonoro concierto de timbrazos, hasta que apareció por una de las ventanas, armado con una vieja pistola «Lugger».

Me miró fijamente, con las cejas muy fruncidas y sin ninguna expresión de alegría en su rostro.

—¿Traes el dinero? —Fue lo único que me dijo.

—No.

—Pues muérete: hoy el juez ha precintado mi avión. No tengo trabajo que ofrecerte.

—¿Dónde está el avión? ¡Rápido!

—¿Para qué quieres saberlo?

Aquello tenía trazas de convertirse en un mal diálogo de película barata, así que le convencí de que me abriera la puerta, lo cogí por las solapas del pijama, lo arrastré hasta la calle mientras intentaba contarle mi historia y, una vez que me indicó que el avión estaba en

uno de los hangares del aeropuerto, le obligué a sentarse en la trasera de la moto, y me lo llevé conmigo decidido a que se sumergiera, al igual que yo, en la ilegalidad.

CAPÍTULO VI

Durante todo el recorrido de
Fowler’s
Bay, una apacible ciudad pequeña a las orillas del mar, Floyd Freedman estuvo intentando enterarse de cuál era mi propósito al ir hacia el aeropuerto.

Yo se lo había contado mientras lo bajaba por las escaleras de su casa, pero estaba tan dormido que apenas se había dado cuenta.

Por eso, cuando le dije que intentaba hacerme con el avión, me replicó:

—Para este cacharro. Yo me apeo. Y mañana, cuando estés ante el juez, negaré que te conozco. ¡Bastantes problemas tengo yo en mi vida como para que tú me los quieras aumentar!

No le hice caso. Siempre he sabido que Floyd, como buen descendiente de irlandeses, le gusta meterse en peleas. Así que no tuve más remedio que explicarle detalladamente mi «sutil» plan:

—Llegamos al aeropuerto, saltamos las barreras, golpeamos a la gente de las aduanas, y a los policías, después noqueamos a los policías judiciales que estén al cuidado del avión, lo cogemos y despegamos.

Le pareció una estrategia digna de Julio César, Rommel y Moshe Dayan, todos juntos y disfrazados de aventurero.

La carretera que conducía al pequeño aeropuerto local no estaba preparada para resistir la veloz acometida de Floyd y mía. Constantemente salpicábamos arena en todas direcciones, y yo debía de llevar mucho cuidado para no derrapa, cuando pisábamos algo de la arena que invadía la calzada, como si fuese una alfombra.

Ya les he dicho que
Fowler’s

Bay es una ciudad pequeña, así que yo no esperaba encontrarme con una reproducción del aeropuerto de Hamburgo o New York, ni siquiera con un aeródromo como el de Sausalito o Dar-es-Salaam. Pero lo cierto es que aquello no parecía un lugar para aterrizar aviones.

Se trataba de un edificio no más grande que un chalet de dos plantas rodeado de un poco de «jardín» en forma de asfalto en franjas.

Junto al chalet se alineaban media docena de hangares que a duras penas podían ser catalogadas como casetas de herramientas de jardinería. Todo ello rodeado de una valla metálica, lo que contribuía a darle un aspecto equívoco de granja de gallinas.

—¿Cuánta gente trabaja de noche en el aeropuerto? —pregunté.

—El policía de la entrada, dos personas en la torre de control, dos policías más, y los dos guardias judiciales.

—Tocamos a tres y medio para cada uno.

—No creo que los de la torre de control quieran participar en la pelea —dijo Floyd con tono desanimado. Y añadió— Esta pelea no va a tener ningún color. ¡Cómo no los provoquemos un poco…!

—Eso corre de mi cuenta.

Enfilé directamente hacia el punto en que la valla metálica cedía su puesto a una garita y una barrera pintada a franjas rojas y blancas.

El policía encargado de la custodia, al oír un ruido en una hora en la que el aeropuerto permanecía vacío, se levantó pesadamente de su silla y se dirigió al exterior.

Se desperezó lentamente, mientras observaba cómo nos aproximábamos y, cuando reconoció a Floyd, alzó una mano en una señal amistosa de saludo.

Mi amigo le correspondió.

—Éste no planteará problemas —me dijo suavemente, como intentando excluir a su amigo de la pelea.

—Tú me has dicho que provoque —amenacé yo.

—Sí, pero Louis es un tipo estupendo que…

El resto de la argumentación de Floyd no pude oírla: el ruido de la barrera de madera al quebrarse me lo impidió.

Los dos pedazos en los que había quedado partida la viga, saltaron por el aire ante la atónita mirada de Louis que,

rápidamente, se llevó el pito a la boca y la mano a la pistola.

—¡Siléncialo! —le dije simplemente a Floyd.

El instinto de pelea pudo más que su cerebro: saltó de la moto y se dirigió hacia Louis.

Sólo le pidió que guardara silencio dos veces: una con el puño derecho y la otra con el izquierdo. Pero ya era demasiado tarde: los dos policías de aduanas venían a mi encuentro, con un aire no demasiado tranquilizador.

Cuando estaban a diez metros de mí, salté de la moto, dejando que el aparato fuera directamente a embestirles.

Ambos se tiraron al suelo para evitar la ciega, nunca mejor dicho, acometida de la moto.

Para cuando se quisieron dar cuenta yo estaba al lado de ellos y, de una patada, había enviado sus pistolas a bucear entre las sombras.

—¡Es Floyd y otro tipo! —gritó uno de los policías desde el suelo —. ¡Avisa a los de la «Judicial»!

Su compañero salió corriendo hacia los hangares, y yo intenté seguirlo. Pero no pude: la mano del policía que yacía en el suelo, se había aferrado a mi tobillo y me impedía hacer una exhibición de carrera.

Más exactamente, lo único que permitió fue caer al suelo y revivir todos los dolores del momento en que me habían apresado los mineros de Cobber Pedy.

Me salvó Floyd Freedman aterrizando como un paracaidista sobre las espaldas del policía.

Yo emprendí la persecución del que huía, que ya se había zambullido en la oscuridad de uno de los hangares.

—¿En cuál está tu avión? —le preguntó a Floyd, a gritos.

—El segundo de la derecha.

No necesité más explicaciones. Precisamente era en el que se había guarecido el policía.

Avancé hacia él a toda velocidad y mientras recorría los doscientos metros que me faltaban para llegar, sucedieron varias cosas.

Primero se encendieron dos focos, iluminándome como si fuera el actor principal de un *ballet* de Broadway.

Segundo una voz me gritó «¡Alto o disparo!», en dos ocasiones.

Tercero, me dispararon.

El poli que se estaba encargando del gatillo, debía de ser un super-campeón de disparo, porque las cuatro balas que me envió fueron a dar donde tenía que poner los pies, solamente una milésima de segundo antes de que yo los apoyase.

No tuve más remedio que comenzar a hacer unos desquiciados zig-zags para evitar que el policía sintiera la tentación de hacer puntería entre mis cejas.

Y, de pronto, se hizo la noche.

Floyd, que se había apoderado de la pistola del policía de la entrada, tampoco era mal tirador.

Los dos focos del hangar pudieron dar fe de ello.

—¡Sigue! ¡Yo te cubro!

Entré en el hangar a través de una de las cristaleras contra las que, primero, había lanzado un bidón de combustible vacío.

Antes de que el bidón hubiera tocado el suelo, todas las balas del mundo habían ido a incrustarse en él.

Cuando cesaron los disparos, calculé que las armas de los tres policías que había allí dentro debían de estar siendo cargadas, así que salté al interior del hangar, a la vez que me dejaba caer rodando hacia mi derecha, y arrojaba una pesada llave inglesa hacia el lado opuesto.

La llave cayó en medio de un montón de bidones, provocando un concierto muy poco armónico, y atrayendo los disparos de los policías en aquella dirección.

Yo me quedé en el suelo, quieto como un cadáver, moviendo únicamente los ojos para localizar el punto desde el que mis enemigos estaban haciendo fuego.

Paulatinamente mis ojos se habían ido acostumbrando a la oscuridad y podía ver el interior del hangar.

Se trataba de una construcción rectangular de unos quince metros de alto y a la mitad aproximadamente, una pasarela metálica recorría todas las paredes interiores. Uno de los policías estaba en la parte interior de la fachada y su silueta se recortaba contra la escasa luz de la ventana que había a su espalda.

El segundo estaba sentado en el sillón del piloto del avión de Floyd.

Y el tercero, el que había acudido del exterior, estaba colocado al fondo, parapetado tras un montón de bultos que, desde donde yo me encontraba, no podía distinguir qué eran.

Lo que había entre las cuatro paredes se parecía más a la Jungla Amazónica que al interior de un hangar: montañas de bultos, metros y metros de cadena que colgaban del techo, la avioneta de Floyd, y dos más, en medio de toda esta barahúnda de objetos.

Estudié la situación rápidamente: el policía mejor protegido era el del avión. El más desguarnecido, era el que estaba en la ventana. Y el que se hallaba tras los bidones no planteaba peligro.

Floyd, como si hubiese leído mis pensamientos, lanzó unos disparos hacia la ventana, obligando al policía a dar media vuelta.

Yo, medio segundo después de sonar el primer tiro, estaba trepando por una de las cadenas, hasta alcanzar la pasarela.

Después, corriendo, saltando, pegándome a la pared y quedándome quieto, para evitar que los de abajo pudieran dispararme a través de la plancha, guiándose por mis pasos rítmicos, avancé lentamente hacia el que estaba rodeado de paquetes.

Cuando me coloqué sobre él, el pobre tipo todavía estaba mirando unos cuantos metros más allá de mi espalda, creyendo que estaba más lejos de lo que, en realidad, me encontraba.

En varias películas y tebeos he visto la típica imagen de un tipo cayendo desde lo alto con las piernas juntas y rectas, y los brazos separados del cuerpo.

Era el momento de comprobar si se trataba de un efecto especial, o era posible realizarlo.

De un salto franqueé la barandilla y, en el aire, busqué la postura deseada.

Fue un caída perfecta. Yo podía haber sido el doble de cualquier actor de acción.

Lo único que me falló fue la puntería: aterricé un par de metros detrás de mi objetivo.

Cuando me recuperé del dolor que me invadió por todos mis maltrechos huesos, el policía sonreía a la vez que me apuntaba con su revólver.

Fowler's

Bay debe de ser un sitio muy tranquilo, ya que aquel policía había

olvidado las reglas mínimas de seguridad.

Me apuntaba directamente a la cabeza, con todo el brazo extendido, lo cual significaba que la pistola estaba a menos de un metros de mí.

En estos casos lo más aconsejable es dejarse caer hacia la izquierda, lanzar la pierna derecha hacia la pistola, para desviar el disparo y, desde el suelo, agarrar las piernas del enemigo y derribarlo.

Fue lo que hice. Después me lancé sobre el policía con los cinco sentidos enfocados en derredor mío.

Gracias a eso, mientras noqueaba a mi contrincante, oí cómo uno de los otros policías comenzaba a correr por el suelo.

No podía ser otro que el del avión.

Rápidamente me separé de mi contrincante y me lancé, cadenas arriba, hacia la pasarela.

El policía venía lanzado hacia mí.

Apoyé los pies en la pared y me di impulso, como si estuviera en un columpio. Una vez alejado, salté hacia otra de las cadenas, y hacia otra más, y otra… ¡Como si fuera Tarzán!

Los chirridos que lanzaron las cadenas al entrechocar entre sí, fueron como una banda sonora de película abstracta.

Pero conseguí llegar hasta el policía, caer sobre él, y dejarle probar las recetas de puño que me habían enseñado en Brooklyn cuando era pequeño.

Mientras tanto mi situación había cambiado.

Floyd había conseguido entrar, no sé por dónde, y había conectado el motor que abría las puertas del hangar.

No me preocupé del policía que había en la barandilla, sobre la entrada. Confié en que Floyd se diera cuenta de él. Yo sólo tenía en aquel momento un pensamiento dentro de la cabeza: poner en marcha el avión y lanzarlo hacia fuera.

Salté como un loco a la cabina y me senté en el sitio del piloto con la misma sensación que tenemos todos al colocarnos frente a una nueva máquina de «video-juegos»: ¡no entendía absolutamente nada, ni el por qué se encendía las luces, ni cuándo, ni el ruido que hacían algunas partes del avión al ponerse en funcionamiento!

La puerta se había abierto cuando las hélices del avión comenzaron a girar.

Normalmente los aviones son sacados del hangar, remolcados por coches especiales. Pero éste no era el caso.

Mi habilidad al frente de un Canadian
CL-215
nunca pasará a la historia de la aviación. Los motores, uno en cada una de las alas, se pusieron en marcha con una ligera diferencia de tiempo.

La suficiente como para que el avión saliera «levemente» desviado hacia uno de los lados.

Toqué todas las palancas que había ante mí, intentando mover los flaps posteriores y corregir la marcha del avión.

Fuera sonaban disparos, pero yo no estaba en condiciones de preocuparme de si Floyd o el policía estaban ganando la partida.

Súbitamente Floyd entró en la cabina.

—¿Qué haces? ¿Te crees que este aparato puede atravesar las paredes? —me gritó, para añadir a continuación:

—El mando de la derecha es para enderezar el rumbo.

Aquello y nada, era lo mismo. No había un mando a la derecha, sino casi dos docenas.

Dando un bufido de desesperación ante mi incompetencia, se lanzó sobre mi cuerpo y comenzó a manipular diestramente los mandos de la avioneta.

Muy diestramente.

Para que se hagan una idea de la imagen les diré que yo estaba sentado en el asiento del piloto, con las manos apoyadas en el volante. Floyd tendido sobre mis piernas, como un niño que se dispone a recibir una azotaina.

Y el avión comenzó a ganar velocidad en aquel preciso instante.

Conseguimos rehuir el encontronazo con las paredes y entrar en la pista de despegue, igual que un pingüino mareado: haciendo eses.

Por la radio del avión comenzamos a escuchar a los encargados de la torre de control, que llevaban dos conversaciones en paralelo: por una parte estaba radiando nuestra actuación a un helicóptero y una avioneta de la policía que, según parece, venían a nuestro encuentro. Y por la otra parte, dirigiéndonos a nosotros, llevaban un monólogo en el que sólo se pronunciaban adjetivos: locos, borrachos, delincuentes, asesinos, aventureros, perturbados…

Haciendo caso omiso y tripulando el avión a cuatro manos, nos

situamos al comienzo de la pista de despegue, aceleramos y dejamos que el avión comenzase a volar y a ganar altura.

Floyd, con la cabeza pegada a mis muslos, para no molestarme en los movimientos del volante, seguía atentamente las indicaciones que yo le iba dando sobre altura, velocidad y demás.

—¿Qué tenemos que hacer ahora? —me preguntó Floyd que, una vez que había acabado la pelea se encontraba sin «Programa de Actos y Festejos».

—Acudir a pagar un incendio en la reserva de los Koolana. Antes de eso supongo que tendremos que cargar agua.

—¿Sabes cómo se llenan los depósitos?

—Espero que tú me guíes.

—Vete hacia el mar, y mantente a unos quince metros sobre el agua.

Obedecí sus instrucciones.

Floyd se quitó de encima mío.

—¿Cambiamos de sitio? —me preguntó—. Será más seguro que sea yo quien pilote la avioneta.

—De acuerdo —dije mientras me incorporaba de mi sillón y él hacía lo propio.

Volar a quince metros es una cosa muy delicada: el volante de la avioneta no puede desviarse ni un milímetro, para no estrellarnos contra el suelo.

Así que yo, de pie, sujetaba el volante firmemente, mientras Floyd se metía entre mis brazos para ocupar mi sitio.

Y entonces oímos una potente voz por la radio, acompañado del ruido de los motores en el exterior.

—¡Policía! Dispónganse a tomar tierra, si no quieren ser blanco de nuestros disparos.

CAPÍTULO VII

Para ser piloto de un Canadian
CL-215
hace falta algo más que buena voluntad, y eso lo comprobé viendo a Floyd sentado al mando de la avioneta.

250 kilómetros de velocidad, 5500 litros de agua en sus depósitos, veinticinco metros de largo, y nueve de alto, lo convierten en algo que necesita mucha concentración para ser dirigido, y no cometer ningún error.

Todo lo contrario a lo que nos estaba sucediendo: los dos vehículos aéreos de la policía, estaban casi pegados a nosotros, intentando forzarnos a dar media vuelta y volver al aeropuerto del que habíamos despegado.

En tres minutos, y pese a la policía, estábamos sobre el mar.

—¡Agárrate fuerte, chico! —me gritó Floyd.

Lo hice, temiéndome lo peor.

El avión cayó hacia el mar y dos fuertes golpes sobre el agua me hicieron pensar que habíamos chocado con nuestros flotadores.

¡Tranquilo! —me indicó Floyd, que había visto mi gesto preocupado—. Son las dos sondas succionadoras.

Los dos vehículos de la policía se habían situado justo encima de nosotros, como intentando chafarnos contra el agua.

Sabiendo que no íbamos a hundirnos, gracias a que el avión iba provisto de flotadores para amerizar en caso de emergencia, los policías intentaban impedir que remontásemos el vuelo.

¡Arriba! —gritó Floyd alegremente—. ¡Vamos hacia la reserva de tus amigos!

—¿Ya has llenado los depósitos de agua? —pregunté incrédulo.

—Diez segundos es suficiente.

Noté cómo Floyd atraía el volante hacia él, intentando hacer que el aparato se elevase.

Comenzó a hacerlo lentamente, ganando los metros de altura con el mismo esfuerzo que un corredor de maratón emplea en recorrer el último kilómetro.

Saqué la cabeza por la ventanilla y pude ver cómo el helicóptero no daba señales de querer apartarse. Se lo comuniqué a Floyd.

—¡No sé si podremos elevarnos cuando él «aterrice» en nuestro techo…!

Como respuesta a las palabras de Floyd un rugido metálico, atronó por encima de nuestras cabezas, y el avión se vio sometido a un furioso traqueteo.

Sólo duró unos segundos, los suficientes para que el piloto del helicóptero se diera cuenta de que, con él o sin él, íbamos a elevarnos, y tomara la decisión de apartarse.

Floyd había desconectado la radio con anterioridad. Me di cuenta en el momento en que se señaló el micrófono y me dijo:

—Avísales de que vamos a apagar un incendio y que necesitamos que nos escolten.

Lo hice rápidamente.

La policía no parecía muy dispuesta a creer nuestra historia.

Más bien se sentían indignados por el tratamiento que habíamos dado a sus compañeros del aeropuerto.

—Teniendo en cuenta que vais en un «Bombero del Aire», no es una excusa muy ingeniosa —nos indicó el *sheriff*, que iba a bordo de la avioneta.

Floyd, con un gesto muy expresivo de su dedo medio, desconectó el micrófono de la radio.

—¡Están locos! Si tienen ganas de meterse en un incendio… ¡Que nos sigan!

La reserva de los Koolana estaba a unos ciento treinta kilómetros de
Fowler's
Bay, por lo que, en media hora, estábamos situados sobre ella.

Los ojos de Floyd, después de escrutar atentamente la oscuridad que había a nuestros pies, se volvieron hacia mí:

—¿Estás seguro de que alguien iba a provocar aquí un incendio?

Yo también miraba atentamente al suelo, a la oscuridad, a la

normalidad.

Floyd volvió a conectar la radio.

—¿… TIPO DE BROMA ES ESTA? —gritaba el *sheriff*—. ¿SE TRATA DE ALGUNA APUESTA ENTRE BORRACHOS? ¡SI ES ASI OS GARANTIZO QUE LA HABEIS GANADO, PERO QUE OS VAIS A GASTAR EL DINERO DENTRO DE LA MAS OSCURA DE LAS CELDAS DE LA PRISION DEL CONDADO!

Gritaba como un energúmeno y juzgué que no estaba en condiciones de atender a razones: desconecté la radio.

Los ojos de Floyd me indicaban que él tampoco parecía estar muy dispuesto a creer mi historia.

—¿Qué hacemos? —dije por decir algo.

—Volver a casa y confiar en que el juez no sea una persona excesivamente incrédula. Hace falta ser amigo tuyo o tener unas tragaderas como el Golfo de Spencer para creerse la historia que me has contado.

Y después, mi amigo comenzó a recordarme lo bien que se encontraba durmiendo, alejado de sus problemas, cuando yo había aparecido y, aprovechándome de su estado de somnolencia, le había embarcado en una historia que iba a acabar dando con sus huesos en la cárcel.

No te preocupes… —dije intentando tranquilizarle—. Yo diré que te obligué a hacerlo.

—Eso por descontado —replicó—. Yo pienso decir al juez que no te conozco de nada, que me obligaste a punta de pistola… ¿No te has dado cuenta de que yo no he hablado con los policías de ahí arriba? A todos los efectos tú eres el que ha llevado la voz cantante.

¡Maldita sea! Había venido con ganas de apagar un incendio y, ahora, lo único que esperaba ansiosamente era que la vegetación del suelo estallase en llamas.

Los dos aparatos de la policía volvieron a acercarse a nosotros rodeándonos por ambos lados, intentando obligarnos a seguir la ruta que ellos nos marcaban.

¡Y entonces estalló el fuego!

Primero fue un brusco fogonazo. Después, y desde aquel punto, el fuego se extendió en línea recta, a lo largo de seis brazos, formando un asterisco de llamas.

—¡Eureka! ¡Lo han conseguido! —grité yo en el colmo de la contradicción—. ¡Vamos allá!

Floyd dio un suspiro de alivio y dirigió el avión hacia el centro de la ardiente estrella.

—Es un fuego provocado, no cabe duda —iba diciéndome—. Han debido de hacerlo mediante gasolina o petróleo. De no ser así es imposible conseguir esas «carreteras» de llamas.

Los dos aviones de la policía, permanecían todavía a nuestro lado, siguiendo la nueva ruta que Floyd estaba recorriendo.

Floyd iba hablando en solitario. Sus ojos se movían sobre los controles, a una velocidad de vértigo.

Sus manos tocaban, aquí un botón, allí una tecla, más acá un mando. Todo él estaba ocupado en descubrir el mejor punto para acercarse y situarse sobre el fuego. ¡Y había miles de cosas que controlar!

Los obstáculos naturales no eran importantes, ya que estábamos sobre una superficie bastante plana, pero tenía que controlar la velocidad y la dirección del viento. También tenía que controlar el punto por el que saldríamos, ya que el humo, una vez estuviéramos sobre el fuego, nos iba a dejar sin visibilidad durante un espacio de tiempo. El incendio también provoca corrientes de viento, lo que se llama «corrientes de convección», creadas por la diferencia de temperatura entre el aire del fuego y el de los alrededores. Y para colmo, un incendio consume oxígeno, lo que significa que, cuando se está sobre el fuego, los motores funcionan con una sensible merma de su rendimiento.

¡Eran demasiadas cosas las que había que calcular!

—Tenemos dos posibilidades —me dijo en voz muy baja—. Podemos lanzar todo el agua de una sola vez, o hacer dos pasadas.

—¿Qué diferencia hay entre una forma u otra? —le pregunté.

—En el lanzamiento de una sola vez, regaremos una superficie de unos mil ochocientos metros cuadrados, en forma de círculo. Y de la otra manera, un poco menos, pero en forma de dos círculos.

—La primera —dije sin dudarlo—. Descargando sobre el centro de la estrella.

—Eso es lo que yo había pensado.

Nos dirigimos nuevamente hacia el corazón del fuego. Los dos aparatos de la policía, parecían haber tomado la decisión de dejarnos maniobrar a nuestro libre albedrío, pero, de todas formas, permanecían sobre nosotros, sin confiar demasiado, dispuestos a

apresarnos a la primera ocasión que se les presentase.

—Diles que se aparten de encima nuestro —dijo Floyd señalándome la radio.

Transmití al *sheriff* las instrucciones de mi compañero.

—¡No, amigo! ¡No me fío de vosotros! Esto se trata de un truco.

Y como respondiendo a sus palabras, los dos aparatos se pegaron aún más a nuestro costado.

Floyd sonrió.

—Ahí no me molestan… ¡Veremos qué tal lo pasan sobre el fuego!

Hizo descender al avión hasta pasar a unos pocos metros del suelo.

Nos rodeó un calor abrasador, que casi dolía en los pulmones cuando inhalábamos aire.

No iba a ser difícil hacer puntería. Desde donde estábamos, parecía como si nos hallásemos entre dos raíles que, un poco más adelante se juntasen. Y allí es donde debíamos de soltar el agua.

Floyd llevó el índice de su mano derecha sobre uno de los botones, mientras seguía mirando fijamente al frente.

—¡Ahora! —gritó cuando pasábamos sobre el centro de la estrella.

Cinco mil quinientos litros de agua, cayeron bruscamente sobre el suelo ardiente, provocando una indescriptible nube de vapor.

El avión, sin el peso del agua, salió despedido verticalmente, a una velocidad que nos dejó planchados sobre los asientos.

Una nube de humo y vapor nos rodeaba impidiéndonos ver a dos palmos más allá de las ventanillas.

Floyd seguía firmemente aferrado al volante, intentando inmovilizarlo, que no se produjera ninguna vibración.

Cuando el humo desapareció vi el suelo muy abajo, y los dos aparatos de la policía, también.

Habíamos pasado limpiamente entre ellos.

—¿Y si hubiéramos rozado ligeramente a alguno de los dos? —le pregunté a Floyd.

—Ahora no sentirías nada: ya estarías muerto —replicó lacónicamente.

Los aparatos de la policía, una vez nos localizaron, giraron rápidamente y volvieron a nuestro encuentro.

Sobre el suelo había desaparecido la estrella de fuego y únicamente cinco puntos conservaban aún llamas. Cinco puntos no demasiado grandes y fáciles de controlar y apagar por la gente de Kylelo, a la que veíamos disponerse a ello.

—¡Misión cumplida! —dijo Floyd mientras, por enésima vez, conectaba la radio.

—¿Algo que opinar? —le preguntó al *sheriff*.

—Un comportamiento irreprochable —le replicó el policía—. Como apagafuegos te mereces una medalla, pero como asaltante de policías de servicio, no creo que te den ningún premio: eso está castigado por la Ley. ¡Volvamos a Fowler's Bay, y no os ocurra hacer ningún truco!

Fue media hora de marcha triste hacia el aeropuerto de Fowler's Bay.

Cuando llegamos todo estaba extraordinariamente iluminado. Tres furgonetas de policías habían aparcado cerca de la torre de control, y dos docenas de hombres, fuertemente armados, se habían repartido por la pista.

Tomamos tierra rápidamente.

Los policías nos rodearon y me sentí como un erizo con la piel vuelta hacia dentro, con las púas pinchándome. Dos docenas de subfusiles me apuntaban cuidadosamente como si yo fuera el Peor Enemigo de la Civilización.

Casi no me dejaron ni pronunciar una palabra: nada más salir con los brazos en alto, se apoderaron de mi cuerpo, lo cachearon y me llevaron hacia una de las furgonetas.

Floyd fue conducido a la otra.

Los policías no dejaban de apuntarme, serios y graves, sin pronunciar ni una sola palabra.

Pedí un cigarro. Nadie se molestó ni siquiera en pestañear.

Me hicieron bajar a la entrada de un edificio de ladrillo con barrotes en las ventanas: la Comisaría.

Por dentro tenía aspecto de Cuartelillo de Policía de lugar tranquilo y apacible, donde el mayor delito cometido es dar una patada al perro de alguna ancianita, cuando se dispone a orinar en la pernera de tu pantalón.

Un sitio limpio y aséptico, sin un papel fuera de lugar, con unos aparatos de aire acondicionado que funcionan, y un mostrador de formica blanca en el que atender a las personas que vienen a quejarse de su vecino porque canta «La Boheme» a las tres de la madrugada.

Dentro de la Comisaría un par de policías aguardaban mi llegada. Y, tras ellos, un viejecito con gafas redondas a lo John Lennon, un poblado bigote a lo Einstein, y un pelo blanco y largo, estaba leyendo un libro de Tom Sharp: Wilt.

—Soy el juez Angers —dijo a modo de saludo. Alzó los ojos de su lectura y se acercó a mí, mientras colocaba cuidadosamente una señal en la página en que abandonaba la lectura.

—Así que usted es Indiana James… —dijo tendiéndome la mano. Había pronunciado mi nombre con el mismo aire que si hubiera dicho John Smith o Thomas Brown. Me cayó bien aquel tipo.

Carraspeando continuamente, rebuscó en una vieja cartera de cuero negro y extrajo un abultado montón de papeles que paseó bajo mis narices.

—¿Sabe lo que es esto? —me preguntó—. ¡Mis vacaciones! Éstos son todos los cargos que hay contra usted. ¡El 90% de los casos de mi juzgado, le acusan a usted, Indiana James! Cuando lo juzgue, casi podré decir que estoy sin trabajo y empezar mis vacaciones…

¿Todo aquello eran cargos contra mí? ¡Era imposible y así se lo dije!

Tras ajustarse los lentes, comenzó a enumerar los casos: Destrucción de un vehículo de la «Australia Road Trains» y sus cinco remolques; intento de violación a una joven llamada Wanda Wang; robo con fractura del
DUG-OUT
n.º 23 de Cobber Pedy; destrucción de una furgoneta Chevrolet; agresión a la policía de
Fowler’s
Bay; agresión a la policía judicial del Condado; robo con fractura de un hangar del Ministerio de Comunicaciones; uso indebido de una propiedad incautada al ciudadano Floyd Freedman, un avión Canadian
Cl-215…

Creo que si no le hubiera interrumpido hubiera seguido enumerando todas las cosas sucedidas en mi viaje australiano. Pero afortunadamente llegó un policía que solicito hablar con él.

—El otro acusado, Floyd Freedman, dice que fue forzado por el señor James. Y anuncia que piensa interponer una demanda por secuestro y robo de su avioneta.

¡Caramba con los amigos! Una cosa es que me hubiera ofrecido a cargar con las culpas, y otra muy diferente, que quisiera acusarme hasta de la muerte de Abel.

El juez me miró apaciblemente.

—¿Tiene algo que declarar en su favor?

Respiré hondo y dije:

—No he intentado violar a Wanda Wang.

Todos los policías prorrumpieron en carcajadas. Debió de parecerles que sólo intentaba defenderme de la acusación más débil.

Yo, nada más decir aquello había comprendido una cosa: Wanda Wang era una secuaz de Michael Kelly. Su llegada tan oportuna cuando acababan de secuestrar a Kenny, sus muchos kilómetros sin encontrar un teléfono, su intento de seducirme mientras raptaban a Kylelo… ¡Todo apuntaba a ella, como una espía más de Kelly!

Sí, había conseguido impedir los planes del mafioso, pero ellos se iban a vengar de mí, mandándome a la cárcel. ¡Y no les iban a faltar motivos!

—¿Quieres que llame a la Comisaría donde la señorita Wang ha presentado la denuncia, y que compruebe su veracidad? —preguntó el juez.

Negué con la cabeza. No hacía falta. Era una trampa más contra mí.

Lo que más me preocupaba en aquel momento era lo que le habría sucedido a Kylelo. La última vez que le vi iba montado a la grupa de la moto de Wanda: es decir, en manos de la banda de Kelly.

—Por otra parte… —Estaba diciendo el juez. Hay que tener en cuenta que usted ha salvado un grave incendio forestal en la reserva de los Koolana… ¿Cómo tuvo el presentimiento de ese incendio?

Respiré hondo mientras meditaba. Era muy difícil creer la historia que iba a contar. Además no tenía ninguna prueba, y los testigos mentían en contra mía… ¡Pero era lo único que podía decir,

así que comencé a contar mi viaje!

Empecé con la llamada de Floyd, desde Darwin, y con la forma en que conocí a Kylelo. Al llegar al secuestro de Kenny, el juez me ofreció un cigarrillo, pidió que nos trajeran unos cafés y me hizo sentar junto a él.

Cuando estaba contando la forma en que había sacado el Canadian CL-215 del hangar, entró un policía con un télex en la mano.

Kenneth McHospers, mi piloto «Kenny», acababa de aparecer en Darwin y había presentado una denuncia contra Michael Kelly.

Según parecía había sido secuestrado por unos hombres a los que había oído hablar de Kelly como de su jefe.

El juez se colocó las gafas nuevamente y pidió que le pusieran telefónicamente con el juez que llevaba el caso McHospers.

Habló con él durante un par de minutos, cuando terminó, se giró hacia mí rascándose su enmarañada cabeza y me dijo:

—¿Sabe una cosa, joven? Esa condenada historia de ciencia-ficción que acaba de contarme, parece cuadrar con lo que me ha explicado el juez.

Aquello me dio ánimos para seguir insistiendo en la veracidad de mi historia.

La siguiente interrupción fue provocada por el juez de Slippy Hills, una población cercana a la reserva de los Koolana. Según parecía un aborigen llamado Kylelo había llevado allí, a punta de machete a una chica llamada Wanda Wang. Y además, el aborigen insistía en denunciar un incendio provocado en su reserva, y en que se avisase de esos hechos al juez de Fowler's Bay, donde seguramente, estaría detenido Indiana James.

¡Kylelo había visto nuestra pelea aérea con la policía!

Al terminar de hablar por teléfono, el juez volvió a rascarse la cabeza con ambas manos. Me miró a los ojos fijamente y añadió:

—Teniendo en cuenta de que usted ha salvado a una tribu de aborígenes de un incendio, y de que la historia que me ha contado parece tener visos de realidad… ¡Decreto la libertad provisional bajo la fianza de un dólar!

Rebusqué por los bolsillos de mi chaleco sin éxito: ¡No llevaba encima ni un solo dólar!

El juez volvió a carraspear, se llevó la mano al bolsillo y me tendió una moneda, mientras me decía:

—No hay ninguna ley que prohíba prestar un dólar a un detenido.

Cogí el dólar y se lo devolví.

El juez me tomó del brazo y me arrastró hacia el exterior, mientras me hablaba en voz baja.

—He leído algunas de sus novelas… ¡Y siempre había creído que eran demasiado imaginarias! Pero, ahora estoy empezando a cambiar de opinión. Me gustaría… me gustaría…

Se rascaba la cabeza nerviosamente.

—¿Qué es lo que le gustaría?

—Me gustaría darle un consejo. El señor Kelly es un hombre muy poderoso. Yo no puedo aconsejarle que utilice su libertad provisional para huir, pero, no creo que le convenga permanecer en Australia mucho más tiempo del necesario.

—Pero… ¿Y mis amigos?

—Somos muchos los que tenemos ganas de sentar a Kelly en el banquillo de los acusados. ¡Ya nos ocuparemos nosotros de ayudar a sus amigos!

Miré al suelo, indeciso.

Ante mis ojos aparecieron unos billetes de cien dólares.

—Creo que usted no tenía dinero… —dijo el juez.

—No puedo aceptarlo.

—No se lo estoy regalando: Le estoy sobornando para que me dedique uno de sus libros.

Nos estrechamos las manos sin decir nada más.

Una hora después estaba en el aeropuerto de Adelaida, consultando las salidas de vuelos internacionales.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Véase «Locos de atacar», I.-J., núm. 8. < <